

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(CONTINUACION.)

XXIII.

EL PADRE.

El conde miró desde la calle partir á la viuda del torero y á su *honrada* patrona entre los agentes de policía sin verlas siquiera: la casa fué cerrada por orden de la autoridad, la gente se dispersó y aun permanecía el esposo de Clotilde inmóvil y meditabundo.

Su pensamiento seguía el carruaje que llevaba al coronel y á Blanca: al coronel que habia osado amenazarle; á Blanca á quien habia ofendido con tanta baja y villanía.

Un buen corazon y los instintos de un alma generosa no se vuelven de súbito crueles y rastrores: el conde, acérrimo defensor de las mujeres, el conde que toda su vida habia mirado en ellas la parte mas bella del género humano, el conde que las habia considerado y respetado siempre, no podia menos de avergonzarse y de sorprenderse de su brutal y estraña conducta.

La atmósfera impura de la abominable casa á donde habia hecho conducir á Blanca, habiale pervertido en un instante del mismo modo que una ráfaga de aire corrompido marchita en breves momentos un ramillete de frescas y aromadas flores; mas las dignas y graves palabras del coronel así como la vista del cielo puro y del radiante sol, le volvieron á un mundo mejor disipando las opacas sombras del vicio.

—¿Soy yo — pensaba en tanto que marchaban entre los agentes las infames habitadoras de aquella casa — soy yo el mismo hombre que hace pocos dias decia á Cellemare que deseaba amar á esa mujer y sacarla, si era culpable, del abismo en que vivia? ¿Qué se hicieron aquellos buenos propósitos? Hoy la he insultado, la he tratado bárbaramente

MAYO.

porque... quizá es buena... sí, Honorio tenia razon; la miseria que se oculta es siempre honrada!

Levantó la cabeza maquinalmente al hacer esta reflexion, y su mirada tropezó con la bella figura del príncipe de Cellemare.

— Siempre triste! dijo el príncipe con benévola sonrisa.

— Siempre! repuso el conde; pero vos ¿á dónde vais á pie á estas horas?

— Contemplo mejor á pie que en carruaje el sol y el cielo, esas dos necesidades de mi alma; y hoy, sobre todo, me son mas precisos el cielo y la luz, porque tengo la cabeza destrozada.

— Estais enfermo?

— No; pero anoche me ha sucedido... oh! si supierais! exclamó el príncipe llevándose las manos á la frente.

— Qué?

— Anoche estuve en el famoso *Nido de Palomas*, continuó el príncipe con la mirada vaga, como quien contempla una aparicion lejana.

— De veras? preguntó el conde asombrado de tal coincidencia: y qué visteis en él?

— Mucha miseria; pero tambien mucha pureza y una sublime virtud: sí, á pesar de todo cuanto se diga, esas pobres jóvenes son tres angeles; ¡no hubiera dado Dios la imágen de mi madre á una mujer que no fuese buena!

— No os comprendo, Honorio; dijo el conde que sabia hasta donde llegaba la imaginacion entusiasta del italiano.

— La mayor de esas jóvenes se parece á la princesa mi madre de un modo perfecto: sí, sí... Se parece tanto que no puedo vivir sin ella. Yo quise anoche conocerlas, porque lo mucho que de ellas se habla habia despertado mi curiosidad.

— Fuisteis bien recibido?

— Sí; porque, á pesar de lo que se las infama, no me creí dispensado para con ellas de toda consideracion y busqué un pretesto decoroso: me finjé un antiguo deudor de su padre y pintor de profesion, y me hallé casi moribunda á la mayor de las tres.

— A la que se parece á vuestra madre?

— Sí; y no sé por qué infernal casualidad subió á verlas al mismo tiempo que yo el marqués de la Oliva. Un pobre hombre, que vive en la misma casa, habia llamado á un anciano doctor



principio, manifestó un interés casi paternal hacia la joven enferma; mas apenas reparó en el marqués y en mí se despidió con frialdad alegando que su ciencia no alcanzaba á curar los resultados de una vida relajada.

—Desgraciadas niñas! exclamó el conde.

—En aquel momento, prosiguió Cellemare, me trastornaron el dolor y la sorpresa: amigo mio, no puedo, ni quiero ocultaros que, á la vista de Ofelia desmayada, un nuevo mundo se abrió ante mis ojos.... tembló mi corazón y me pregunté si la presencia de aquella hermosa niña no daría á mis palacios una belleza que yo no les he encontrado durante mi larga y solitaria juventud! Así, pues, al oír las palabras del médico, me pareció que habia caído al infierno desde lo mas alto del cielo y perdida mi imaginación exaltada, huí de aquella casa en pos del anciano que tanto mal me habia hecho.

Guardó silencio el conde preocupado por tristes pensamientos, y el príncipe continuó tras una breve pausa:

—Hoy tengo que volver á verla.... lo necesito.... mi alma entera vuela hacia ella: he reflexionado que lo que ha perdido á esas jóvenes ha sido la infame maledicencia del marqués.... ellas han menester un amparo.... son huérfanas.... están solas y espuestas á mil peligros á pesar de su virtud!

—Qué tratais de hacer?

—No lo sé.... las veré todos los días y ellas quizá se fiarán de mis consejos que serán nobles y desinteresados; en fin, yo vivo solo en el mundo desde que perdí á mi madre, y esta buena obra me servirá de distracción.

—¿No conoceis que estais perdidamente enamorado de esa joven?

—Lo sospecho: mas qué importa? Me casaré con ella, y ese será el medio de imponer respeto á la maledicencia.

Miró el conde absorto á aquel hombre tan generoso; y conmovido del penoso contraste que hacia la conducta que él habia observado con Blanca con la que el príncipe trataba de observar con la hermana de esta, guardó silencio acerca de su aventura de aquella mañana.

—Por aquí viene el coche del marqués de la Oliva; dijo Cellemare haciendo un gesto de repugnancia: me voy á fin de que no me hable. Adios, conde; esta noche os veré en vuestra casa.

El esposo de Clotilde presentó su mano á Cellemare que se la apretó cordialmente y echó á andar al mismo tiempo que llegaba el carruaje del marqués en frente de ellos.

Detúvose el coche y Carlos se apeó.

—¿Qué tendrá contra mí ese estafalario príncipe? dijo al conde: es de mal tono mostrar rencor á un enemigo despues de un desafío.

El conde ocultó bajo una sonrisa la espresion de odio que se retrataba en sus facciones y nada respondió.

—Ah! tengo que daros una nueva que os entristecerá, porque vuestro corazón es bueno: prosiguió el marqués. Nuestro amigo Fernando de Silva acaba de quedar viudo: su mujer ha muerto en Va-

lencia: pero bah! dicen que era fea y ordinaria, aunque muy rica.

Una súbita palidez invadió las mejillas del conde: quedaba libre el amante de su esposa, y por tanto esta tenia un miramiento menos de esos que dicta la conciencia.

El marqués le contempló durante algunos instantes con maligna sonrisa, y luego despidiéndose de él volvió á subir á su carruaje lleno de gozo, pues estaba seguro de haber causado al esposo de Clotilde una profunda herida.

Este tornó á pasos lentos el camino que llevaba á su casa.

Sabia á dónde iba? Quizá no: el instinto de su corazón era el que únicamente le guiaba, ó mas bien el instinto de sus celos.

Quería ver á su esposa y leer en su semblante el efecto que la habia hecho la libertad en que habia quedado Fernando de Silva.

Llegó por fin á su palacio y se dirigió á la habitación de la condesa.

Esta se hallaba en su tocador acabando de disponerse para salir: en la pieza inmediata los dos niños gemelos reían y jugaban en brazos de sus nodrizas.

Alteráronse las facciones del conde al oír las dulces vocecillas de sus hijos y su semblante pintó una penosa lucha; empero el demonio del orgullo triunfó en su alma y no los miró siquiera á través de las hojas medio entornadas de la puerta.

Tenia puésto la condesa un vestido de seda verde-malva y un pañolon de cachemira: cuando entró el conde estaba de pié delante de un gran espejo de vestir, preñiendo en sus cabellos los numerosos pliegues de una mantilla de terciopelo guarnecida de ricás blondas.

Sobre la mesa se veía su pañuelo de batista, sus guantes de piel de Suecia y una linda sombrilla oscura.

Al ver á su marido, Clotilde hizo señas á la doncella que la asistía para que se retirara.

El conde la saludó friamente con la cabeza, y luego dejándose caer en un sillón, la contempló con fijeza durante algunos instantes.

Clotilde estaba pálida y delgada: grandes ojeras oscuras rodeaban sus rasgados ojos; mas sus facciones respiraban una calma profunda.

Va á ver á su amante! pensó amargamente el celoso marido, al ver el traje modesto y sencillo de su esposa: quizá nada sabe todavía de su viudez.

—Tengo que daros una buena nueva, señora; dijo el conde devorando con la vista todos los movimientos de su mujer.

—A mí? repuso Clotilde con sencilla admiración y como si ya no esperase ninguna noticia agradable.

—A vos: la esposa de Silva ha muerto.

El conde lanzó rápidamente y sin preparativo alguno estas palabras y continuó mirando á su mujer, que palideció ligeramente sin contestar.

—Debeis, pues, estar en extremo gozosa, señora; añadió el conde con amargura, porque esa muerte os ahorrará algunos escrúpulos de conciencia.

—No lo creais; dijo Clotilde, repuesta ya de su pasajera emoción; siento mucho esa desgracia.

—La sentis?

—Sí por cierto.

—Y por qué?

—Me han dicho que la señora de Silva era muy jóven y la juventud me interesa siempre.

—Ahora ireis á consolar á Silva, no es verdad?

—Nó, contestó la condesa sin mostrarse resentida por aquel insulto, aunque el color de la vergüenza subió á su frente: voy á ver, y á socorrer á unas infelices niñas, de quienes me han hablado, con el pretexto de encargarles unos bordados.

—Son pobres?

—Mucho; son tres, tan desgraciadas como hermosas.

—¿Dónde viven? tornó á preguntar el conde cuyo corazón había dado un vuelco.

—Lejos de aquí: en la calle de San Bernardino.

—¿Quién os ha hablado de ellas?

—Rosa; la ramillera que nos provee de flores; ayer mañana, al traer los ramos para el baile que dimos por la noche, me estuvo hablando largo rato de esas pobres niñas.

—Vais á pié?

—No; pero dejaré el coche al entrar en su calle para no amedrentarlas con una visita demasiado pomposa.

—¿Sabéis cómo se llaman? preguntó el conde.

—No.

—Yo puedo decíroslo: se llaman las señoritas de Valdes y os advierto que amo ciegamente á la mas jóven de ellas.

Tembló la condesa al oír estas crueles palabras; pero no perdió nada de su dulce compostura y respondió:

—Os doy gracias por haberme dicho el nombre de esas jóvenes, pues así las encontraré con mas facilidad.

—Después de la confesion que os he hecho, señora, bien podeis ir á consolar á Silva.

—Después de la confesion que me habeis hecho; señor conde, queda mi honor y el de mis hijos; contestó Clotilde, sin alzar la voz, sin irritarse y sin demostrar la mas ligera emoción ó él mas leve abatimiento.

El conde la miró absorto: el hombre mas cínico, el mas perverso, el mas desarmado acata siempre el pudor, la calma, la dignidad y la dulzura.

—Os dejo en libertad de ejecutar vuestro benéfico propósito, señora, dijo levantándose; y luego, no pudiendo consolarse su odioso orgullo sin herirla nuevamente, antes de separarse de ella añadió.

—Ya que tanto estimais vuestro honor, señora; por vuestro honor os aconsejo que, cuando venga Silva, no le demostreis demasiado vuestra alegría.

Inclinóse la jóven, como para darle gracias por el consejo, sin querer rebajarse hasta decirle que no recibia á Silva; pero su conmoción fué tan penosa, al sentir este horrible tiro, que tuvo que guardar silencio algunos segundos antes de responder.

—Os doy gracias por la advertencia, dijo con amable y reposada sonrisa; no obstante, por lo que

toca á mi honor no necesito ninguna.

Acabó, al pronunciar estas palabras, de ponerse los guantes y abrió la puerta del cuarto de sus hijos á quienes confundió en un solo abrazo besándoles con ternura repetidas veces.

Los niños columbraron al conde inmóvil en el vecino aposento y tendiéndole ambos sus bracitos, gritaron con su gorgo infantil:

—Papá!.. Papá!..

Salió Clotilde después de haberlos abrazado de nuevo para recompensar á las inocentes criaturas de la dureza de su padre que aun permanecia inmóvil; mas á pesar de toda su firmeza, el conde vió deslizarse por las flacas megillas de la desgraciada jóven dos gruesas y silenciosas lágrimas.

Ni aun este espectáculo le conmovió: acompañó á Clotilde con frialdad hasta el vestíbulo y ella bajó la escalera para tomar su coche.

Augusto permaneció quieto hasta que oyó que se alejaba el carruaje: entonces volvió á la habitación de los niños, los tomó en sus brazos y los cubrió de besos, en tanto que ellos jugando con sus cabellos, batiendo sus manecitas y gorgoando alegremente gritaban entre risas.

—Papá!.. Papá!..

El conde despidió á las nodrizas: se tendió con sus hijos en la alfombra y permaneció con ellos una hora estrujándolos á caricias y haciéndoles bailar entre sus robustos brazos.

Cuando salió de aquel cuarto, sudaba cansado y molido de los juegos con que se había desquitado de los dos meses que había vivido sin hijos; pero sus ojos brillaban de gozo y de entusiasmo; dirigióse á su habitación y aquel hombre tan fuerte, tan duro, tan orgulloso y tan dueño de sí mismo, se dejó caer de rodillas delante de una imagen del crucificado, cruzó las manos y exclamó con los ojos cubiertos de lágrimas:

—Gracias, Dios mio! gracias! Soy padre!!

Rezó durante algun tiempo y su plegaria fué acompañada desde lejos por los gritos gozosos de sus hijos que le llamaban como agradecidos de que les hubiera devuelto su amor y sus caricias.

XXIV.

O F E L I A .

Cuando acabó el conde su entusiasta y regeneradora oracion se halló mas tranquilo: no obstante, pronto volvió su pensamiento á la condesa y mas pronto aun por la razon de haberse ablandado su endurecido corazón con las caricias de sus hijos.

—Quizá sea inocente! pensó: todo al menos me lo hace creer así... ¿no seria yo mas generoso y justo observándola, y si no es culpable, librándola por mí mismo de esa pasion que combate? Mas ¿de qué modo podría yo hacerlo? No, no! Que luche y venza por sí sola! La virtud sin combates es de tan poco valor, que yo no la estimo: mucho mas feliz es la que nace con una alma fria, que la que ha sido dotada por el cielo de pasiones; pero, ya que las tiene, es preciso que triunfe de ellas!

El conde, apenas dijo estas palabras, midió su cuarto á grandes pasos y pareció sumergirse de nuevo en sus acerbadas reflexiones.

Aquellos dos meses de aislamiento y de viudez, que se habia impuesto, empezaban á fatigarle: en vano habia buscado en los placeres ruidosos y en la disipacion los medios de olvidar á Clotilde. Dios, por su misericordia infinita, no queria arrebatárle con las últimas flores de aquel amor todas las ilusiones de su vida.

Las mujeres viciosas y disipadas que, durante aquellos largos dos meses, habia tratado, le hastiaban y le eran repugnantes, porque pensaba en Clotilde tan hermosa, tan jóven, tan pudorosa y delicada: las que eran suaves y graciosas le recordaban tambien á su mujer y á todas las hacia el prestigio de su amor inferiores á ella.

Es que Dios ha dado á la mujer buena un eterno encanto que rodea como una perfumada nube á los que la ven y la tratan, que salva las distancias y penetra en el alma para acariciarla como el céfiro á las flores.

¿Qué podría si nó oponer la mujer buena, cuando no ha sido favorecida por la naturaleza, á los artificios de tantas hermosas actrices del vicio á no ser ese aroma de virtud y santidad que emana de ellas, ese ambiente que las circunda y que hace que no se olviden jamás?

El coche de Clotilde la habia conducido hasta la calle de San Bernardino: apeóse á la entrada y se adelantó con ligero paso hasta la casa de las huérfanas.

Eran las tres de la tarde: el sol de aquel hermoso dia de Marzo bañaba el reducido portal de la casita y el humilde taller del señor Martin, que trabajaba calentándose á sus rayos, en tanto que su digna esposa la señora Antonia ponía mangas á una camisa de su consorte.

—Dios os guarde, buenas gentes, dijo la condesa con dulce voz y acercándose á ellos.

—Y á vos tambien, contestó la señora Antonia levantándose y haciendo cortesías en tanto que su esposo, por ese privilegio de los zapateros, que parecen las gentes menos dispuestas á hacer uso de sus piés, permanecía sentado y continuaba su labor.

—¿Qué se os ofrece? preguntó la anciana.

—Quisiera que tuviérais la bondad de decirme, repuso la condesa, si habitan aquí tres jóvenes.

La señora Antonia miró con atencion á la condesa; pero su rico aunque sencillo trage, su aire distinguido, ese perfume suave y penetrante á un tiempo, que emana de toda mujer de buen tono, y sobre todo su dulce y graciosa fisonomía la tranquilizaron. Mas su gruesa y bonachona cara se entristeció de repente y respondió dando un suspiro:

—¡Ay sí, ¡señora! Aquí viven tres infelices criaturas que están pasando por pruebas muy crueles!

—Serán las que yo busco. Son hermanas?

—Sí, señora, son hermanas; y desde ayer viene á buscarlas tanta gente, que esto parece un verdadero jubileo. ¡Jesus! ¡Qué trastornos! Anoche,

sobre todo y al tiempo que una de las pobres señoritas se puso mala, vinieron tres personas preguntando por ellas: esta mañana á las once vino una vieja de muy mala traza en busca de la mas jóven: esta vieja habia ya estado anoche; y la pobre señorita, que salió con el a fresca como una rosa, ha vuelto á mas de la una en un coche desmayada y acompañada de un caballero: entre él y mi Martin la han subido á su cuarto; pero yo he estado media hora hace á preguntar y Malvina, que es una criadita jorobada que tienen, me ha dicho que no cesan de darla convulsiones y que apenas vuelve en sí.

—No podría yo verlas? preguntó Clotilde á quien incomodaba ya el charlatanismo de la señora Antonia que, habladora como todas las personas de su edad y de su clase y deseosa además de darse importancia, queria contar cuanto sabia.

—Lo dificulto, respondió á la interpelacion de la condesa; la señorita Blanca está tan mala!...

—No habeis dicho que la que vino enferma es la mas jóven? preguntó Clotilde que de todo cuanto habia hablado la anciana solo algunas palabras habia quedado clavadas en su memoria como un dardo de fuego.

—Sí, señora; la mas jóven; casi una niña.

—Y que le acompañaba un caballero?

—En efecto, un caballero muy galardo.

—Podeis darme sus señas? tornó á preguntar Clotilde temblando de hallar en las esplicaciones de la anciana la certeza de que aquel hombre fuese su marido.

—Sí, señora! se apresuró á responder la señora Antonia apuradamente le reparé muy bien: era alto.

—¿Moreno?

—Justo, con cabello oscuro y rizado; tenia los ojos pardos ó negros, que eso no lo recuerdo bien, y vestia con mucha elegancia y lujo.

—Está bien, interrumpió Clotilde, segura de que la esposa del zapatero no podia sacarla de sus dudas: tomad, buena mujer, por vuestra complacencia en responderme y quedad con Dios.

—Señora, señora, guardad vuestro dinero; dijo la honrada anciana rechazando con disgusto las monedas de plata que le ofrecia Clotilde.

—Sinó fueras habladora, nadie se meteria á querer pagar lo largo de tu lengua, dijo el señor Martin incomodado.

—Perdonad, buenas gentes, dijo la condesa, no ha sido mi ánimo ofenderos y únicamente quise recompensaros el servicio que me habeis hecho diciéndome cosas que necesitaba saber.

—Luego se quitó el guante y sacando de uno de sus dedos una sortija de oro con un diamante, se volvió hácia la anciana y le dijo con suma gracia:

—Ya que no quereis dinero, aceptad, al menos, esta bagatela para que la useis en memoria mia.

—Esto sí que lo agradezco, dijo la señora Antonia con visible alegría: mil gracias, señora: toda mi vida la llevaré pensando en vos.

—Acompaña arriba á la señora; dijo el señor Martin.

—No, no os incomodeis: subiré sola.

—Como gustéis, dijo la señora Antonia; yo seguramente no me incomodaré, pero pudiera incomodaros á vos y...

Clotilde hizo una última señal de despedida y subió la escalera: llamó á la puerta y Malvina abrió introduciéndola donde estaban las tres hermanas.

El noble corazón de la condesa se conmovió dolorosamente ante el cuadro que se presentó á sus ojos.

Tendida en el sofá, con la cabeza reclinada sobre almohadas y temblando á impulsos de una fuerte convulsion nerviosa, estaba Blanca: los suaves y graciosos contornos de su cara parecían haberse prolongado: estaba pálida como las almohadas y al rededor de sus grandes ojos cerrados se destacaba una sombra lívida y acardenalada.

Al ver entrar á su hermana, privada de sentido, habia saltado Ofelia de su lecho y echándose un peinador habia corrido á su socorro: allí estaba sentada en uno de aquellos sillones oscuros, que ya conocemos, junto al sofá, teniendo entre las suyas las manos de Blanca y olvidada de su propio estado: ondeaban sobre su espalda las largas trenzas de sus cabellos negros y parecían extinguidos todos sus padecimientos ante los de aquella niña tan querida.

Arrodilada María junto al sofá, aplicaba á la delicada nariz de Blanca un frasquillo de éther, mientras gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas blancas como el alabastro: los hermosos cabellos de María, peinados en *bandós*, y sus ojos azules, llenos de abatimiento, le daban un aire tan triste y desolador, que era quizá la figura mas espresiva de aquel cuadro, digno del aristocrático pincel de Lawrence.

Tan abatidas estaban las jóvenes que no se percibieron de la entrada de la condesa, acompañada de Malvina: esta iba á llamarles la atención hácia su vista, pero Clotilde se lo impidió, permaneciendo en pié y silenciosa á alguna distancia.

Calmáronse, por fin, las convulsiones de Blanca y Ofelia soltó sus manos y acomodó mejor su cabeza en las almohadas, haciendo un movimiento que le hizo descubrir á Clotilde.

—Perdonad, señora; dijo levantándose y apoyándose para no caer en el brazo de su sillón: ocupada en el cuidado de mi hermana, no os habia visto.

—Yo soy quien os debe demandar perdon, señorita; repuso la condesa: á haber sabido la triste situacion doméstica en que os encontrábais, no hubiera yo venido á incomodaros.

—Oh! triste, sí, muy triste! exclamó la pobre Ofelia llorando y cubriéndose el rostro con ambas manos.

Mas rehaciéndose de aquella flaqueza, que ella juzgaba vergonzosa delante de una desconocida, enjugó sus lágrimas y miró á la condesa y la preguntó con dulzura:

—¿Puedo seros útil en algo, señora? Podemos María ó yo prestaros algun servicio? No hablo de nuestra pobre Blanca ¡ay! porque ya veis como está!

Clotilde no contestó en seguida: habia visto, al

mirar maquinalmente en derredor del cuarto, habia visto sobre una cómoda un bolsillo de seda á través de cuyas mallas brillaban muchas monedas de oro y aquel descubrimiento la hizo estremecer.

¿Provedria aquel dinero de su esposo?

¿Seria el precio de su desdicha?

—Quería... quería... dijo vacilando y sin separar los ojos de aquel bolsillo fatal, quería encargáros unos bordados, cuyo valor hubiera deseado que aceptáseis de antemano, pero...

La voz espiró en sus labios en aquel momento: abrióse la puerta y se presentó el Príncipe de Cellemare.

—Este es el caballero que estuvo anoche; dijo María señalándosele á su hermana.

El Príncipe saludó profundamente y Ofelia, para no darle tiempo á que se sentara, se puso en pié descubriendo toda la gallardía y gentileza de su figura.

—Caballero, dijo señalando el bolsillo que se veia sobre la cómoda y que aun contemplaba con amargura la condesa; caballero, anoche dísteis dinero á mi hermana, pero ni ella ni yo le hemos tocado: allí está, recogedle y marchaos para no volver jamás á una casa donde ningun derecho os asiste para entrar.

Ofelia pronunció estas palabras con el semblante enrojecido de vergüenza y de ira: brillaban sus ojos y al señalar al Príncipe la puerta de su habitacion parecia la estatua de una reina que se habia levantado de su sepulcro para despedir á los profanos que hubieran murmurado de sus cenizas.

El Príncipe nada contestó á sus severas frases: el eco de su voz, dulce y vibrante, le habia llevado al mundo de los muertos: Ofelia, en aquella actitud, era la imágen fiel de la Princesa Honoria, como él la habia visto muchas veces al contener los desmanes de sus deudos y criados.

Contemplaba el Príncipe estasiado: era el tipo de la virtud severa y apacible á la vez; el emblema de la gracia melancólica y casta.

—Espero, caballero, que no me hareis repetir de nuevo lo que ya he tenido el disgusto de decir; continuó Ofelia al ver al Príncipe inmóvil y como embebecido.

Tampoco contestó éste, ni dió un paso para retirarse.

—Salid! dijo imperiosamente la jóven.

Clotilde habia contemplado en silencio la escena hasta aquel instante: su corazón se habia descargado de un enorme peso al saber la procedencia de aquel dinero; pero al ver la exasperacion de Ofelia y el asombro del Príncipe, se acercó á ella y le dijo afectuosamente:

—Ved, señorita, que quizá hablais bajo la impresion de un error: yo sé bien que el Príncipe de Cellemare no es capaz de ninguna accion indigna.

—El Príncipe! gritó Ofelia.

Esta exclamacion volvió á Honorio á todas las miserias de la vida real.

—Pues entonces, señora, añadió Ofelia, ¿vos que tanto le conocéis, podreis decirme por qué se ha fin-

gido pintor al presentar anoche á mi hermana esa infame dádiva?

Enmudeció Clotilde y hubiera durado por largo tiempo un silencio muy embarazoso á no haber tomado el príncipe la palabra:

—Señorita, dijo con nobleza: sea yo artista ó príncipe, debía ese dinero á vuestro padre; le busqué y supe que habia muerto dejando tres hijas: dichoso en mis investigaciones conseguí encontrarlos y os devolví esa suma.

—Decid mas bien, caballero, que, sabiendo que estábamos solas y desamparadas, habeis creido poder allanar nuestra casa sin dificultad! repuso Ofelia con amargura; pero si cuando os creí pintor y deudor de mi padre rehusé ese dinero por una simple sospecha, juzgad si pensaré en admitirle ahora que sé que sois príncipe, y que tengo la certeza de que jamás mi padre os ha podido dar dinero; salid, pues, de esta casa, monseñor, continuó Ofelia señalándole la puerta con mas arrogancia que antes: á mis ojos un pintor que paga una deuda, vale mas que un príncipe que las finge para pagarlas!

—Pero, desgaciada niña, dijo Clotilde en voz baja, pensad en vuestra pobreza, en vuestra enfermedad y la de vuestra pobre hermana. El príncipe es el bienhechor de todos los que sufren y habrá inventado ese noble pretexto para socorrerlos!

—¿Y con qué derecho, señora, viene á investigar nuestra pobreza ó nuestro bienestar? Hay dádivas que son un insulto y yo sé que no podemos llevar á nuestra boca otro pan que el ganado con nuestro trabajo.

En tanto que la condesa y la orgullosa jóven trocaban estas palabras, el príncipe habia recogido el bolsillo: sin acercarse mas á la jóven, dió la mano á la condesa, estrechándosela en silencio, y despues de saludar con respeto á Ofelia, salió de la habitacion.

—Si! murmuró mientras bajaba la escalera: esa, esa, es la mujer que he buscado tanto tiempo! Por fin la encontré!.. Gracias, madre mia!..

XXV.

UNA AMIGA.

Luego que el príncipe hubo desaparecido, Ofelia, cuyas fuerzas se habian agotado por aquel esfuerzo, cayó desfallecida en un sillón.

Blanca permanecía tranquila: no obstante, sus mejillas coloreadas de un carmesí oscuro, anunciaban que la fiebre se encendia en sus venas é iba invadiendo su cerebro, combatido durante dos horas por una violenta lucha.

Estremeciase de vez en cuando, agitaba las manos y caía de nuevo en su inaccion.

Sentada junto al sofá y con la cabeza entre las manos estaba María, la cual parecia estraña á cuanto pasaba en torno suyo.

Su naturaleza, mas templada, y su carácter, modelo de suavidad y de angelical dulzura, no la esponian á las violentas y despedazadoras luchas á que su azarosa posicion sujetaba á sus hermanas;

pero un profundo abatimiento tenia como embotadas todas las facultades de su alma, sin dejarla pensamiento mas que para meditar en la suerte que las esperaba.

¿Qué iba á ser de ellas? carecian absolutamente de recursos, pues todas sus esperanzas estaban cifradas en la suma que debian cobrar aquel dia por las labores que estaban casi al terminar; pero los dolorosos acontecimientos que con tanta rapidez se habian sucedido, y la enfermedad de sus dos hermanas las habian privado de este único recurso.

¿Qué harian? este pensamiento traspasaba y hacia desfallecer el corazon de la pobre María: aun si Dios le concediera fuerzas bastantes para trabajar por las tres!.. mas esta idea desapareció bien pronto ante la imposibilidad de realizarse.

No les quedaba, pues, mas remedio que refugiarse en los brazos de la muerte.

De súbito un rayo de luz surgió en la mente de María: alzó sus ojos hácia un reloj colocado en la pared y vió que solo faltaban algunos minutos para las cuatro.

Se acordó de la leccion de música que tenia que dar á la hija de la duquesa de Rio-Claro y se levantó.

—Ya es hora de que vaya á casa de la señora duquesa, hermana, dijo mirando á Ofelia; son las cuatro.

—Tú! gritó la jóven levantándose y estendiendo los brazos hácia su hermana como si quisiera protegerla: ¡tú separarte de mi lado, María! Para qué? Para que te me devuelvan, como á Blanca, yerta y privada de sentido? No, no saldrás! Encerrémonos aquí, en nuestra casa... y muramos!

—Pero, Ofelia, repuso María con dulzura, aquí no puede haber engaño... esta carta es de una señora... de una señora de alto rango...

—Yo soy la condesa D... dijo Clotilde con nobleza y si esa dama pertenece realmente á la alta sociedad debo conocerla... tened confianza en mí, pobres niñas; decidme ¿qué exigen de vosotras en esa carta?

—Explicadnos antes, señora, qué fin os conducia á nuestra casa; repuso la orgullosa Ofelia, y perdonad que os interrogue de este modo: no tengo mas que diez y ocho años y debo cuidar de mis hermanas: somos huérfanas y estamos desamparadas: nada conozco del mundo, señora... nada mas que el infame lazo que han tendido á esta infeliz niña, mi hermana mas jóven y tiemblo por ellas y por mí... sospecho que esa carta sea una nueva red para María; tiemblo de que vos, señora, que pareceis tan buena, esteis de acuerdo con alguno para perdernos... por amor de Dios, decidme, decidme pronto... ¿qué quereis? á qué habeis venido á esta casa?

—A ella me ha traído únicamente el deseo de encargarnos algunos trabajos de bordado, señorita.

—¿Quién os ha hablado de nosotras?

—Una jóven ramilletera llamada Rosa.

—Ah! Os creo, os creo! conocemos á Rosa! Pero, señora, se ha de pasar mucho tiempo antes de que vuestros bordados estén concluidos... yo estoy

enferma, ya lo veis, y mi hermana tambien lo está; solo queda en pié mi pobre María, pero temo mucho por su salud porque es muy delicada.

La condesa miró con profunda compasion á Gloria, que, al ver la lastimera oposicion de su hermana á que saliese, habia vuelto á su doliente postura junto al sofá en que yacía Blanca.

Esta se agitaba cada vez mas: habia crecido el encarnado de sus mejillas y su pecho se levantaba á impulsos de una respiracion oprimida.

—Mis bordados no corren prisa, repuso la condesa: ni la lentitud con que los hagais, puede impedir que cobreis su importe: mis queridas niñas, la obra que os enviaré con Rosa antes de que se acabe el dia de hoy es pesada hasta lo sumo; tratase de un peinador de levantarse que quiero regalar á mi amiga la duquesa de Rio-Claro y cuyo bordado ha de ser lo mas exquisito y complicado que sea posible.

—¡La duquesa de Rio-Claro! exclamó María levantando su rubia cabeza: esa es la señora que me ha escrito ayer, pidiéndome que fuera á dar leccion á su hija!

—Tiene una hija, en efecto; repuso Clotilde, y en cuanto á la carta yo me informaré de si realmente la ha escrito: pero volvamos á lo que me interesa; yo os ruego que á cuenta de vuestro trabajo admitais una corta suma.

—Ah, señora! ¡cuán buena sois! exclamó Ofelia enternecida y viendo en aquella generosa oferta un rayo de luz: considerad, sin embargo, añadió luego con naturalidad, que quizá moriremos sin que podamos resarciros de vuestros adelantos.

—Morir! repuso Clotilde: no tengais, por Dios, tan tristes pensamientos.... pensad en dias mejores.

Movió Ofelia tristemente la cabeza, y volvió sus abatidos ojos hácia el sofá en que Blanca descansaba; mas como si aquella mirada hubiera penetrado en el ardoroso cerebro de la jóven, lanzó un penetrante grito y se incorporó desatinada.

—El conde D...! El conde!.. exclamó con voz aguda: han dicho que es un conde!.. Un conde!.. Ah!.. ah!.. Pero la ventana me librá de él!

Echóse, al decir esto, fuera del sofá con tan terrible ímpetu, que hubiera caido al suelo á no recibirla la condesa en sus brazos.

—¿No habeis dicho, señora, que érais la condesa D...? preguntó Ofelia clavando en Clotilde sus grandes ojos.

—Sí: contéstó ésta que aun sostenia á Blanca: sí... soy la condesa D... pero nada me preguntéis... y creed que soy mucho mas desgraciada que vosotras!

Cubrióse, al pronunciar estas palabras, el rostro con las manos y lloró silenciosamente durante largo rato.

Las dos jóvenes comprendieron y respetaron aquel profundo dolor: calmóse Blanca de nuevo y la condesa enjugó sus lágrimas y tomó entre las suyas las manos de Ofelia y de María:

—Dejadme, dijo; dejadme olvidar mis propios infortunios aliviando los vuestros: dejad que me

ocupe de vuestra suerte: ¿quereis que sea vuestra hermana, vuestra amiga?

—Ah, señora! sois un ángel! esclamaron á la vez las infelices niñas.

—¿Cómo no hemos de aceptar con gratitud vuestras generosas ofertas, continuó Ofelia, cuando nadie se interesa por nosotras?

—Aconsejadnos, sí, añadió María: en todo os obedeceremos, aunque al parecer teneis casi nuestra misma edad.

—Conozco, sin embargo, mejor el mundo, mis queridas niñas; repuso la condesa con tristísima sonrisa. Pobres palomas! prosiguió mirándolas con ternura: vosotras, que apenas habeis dejado vuestro pacífico nido ¿qué podeis saber de las tormentas de la vida?

Calló Clotilde abismada en sus amargos pensamientos, y luego haciendo un esfuerzo sobre sí misma, preguntó:

—¿Quién os ha traído esa carta de la duquesa de Rio-Claro?

—El marqués de la Oliva, contestó María.

La condesa se estremeció.

—Cómo sabeis que se llama así? tornó á preguntar Clotilde.

—Porque él se lo dijo á Rosa y esta nos le enseñó un dia que pasaba por aquí.

—No vayais, pues, á casa de la duquesa, María: yo os escusaré con ella; no volvais á ver á ese hombre, ni le oigais bajo ningun pretexto: ahora os haré todavía dos ó tres preguntas mas ¿quién ha traído á Blanca en ese estado?

—Un caballero que la depositó en ese sofá y en seguida se retiró diciendo:

—He tenido la dicha de salvar á esta jóven de un riesgo mortal; si alguna vez necesitais amparo, pensad, señoritas, en el coronel Eduardo Velez que vive donde indican estas señas.

La condesa tomó la tarjeta que María le presentaba y la leyó.

—Conozco al coronel y le creo incapaz de mentir, dijo: vuestra hermana no ha padecido mas que un gran susto: ahora bien ¿qué vecinos hay en esta casa?

—Además de nosotras, el zapatero del portal que vive mas arriba con su mujer.

—¡Dios mio, qué desgracia! Porque es preciso que abandoneis esta habitacion al instante: ¿quereis venir á mi casa?

—Señora, no podemos dejar la nuestra, dijo Ofelia con triste dignidad; mejor aceptaremos en ella vuestros beneficios.

—Os comprendo, noble jóven; repuso la condesa estrechándola la mano: teneis razon: vosotras no podeis vivir de limosna y quizá estais aquí mas seguras que en el asilo que os ofrezco; mas ya que no hay mas vecinos que esos honrados viejos necesito verlos.

Levantóse María, desapareció y volvió á poco seguida de la pobre jorobada.

(Se continuará.)

RECUERDOS HISTÓRICOS.

LA VIRGEN DE SANCHO ABARCA

POR

D^º FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

III.

En tanto que la hermosa Tenda departía sencilla y amigablemente con su acompañante, Pablo y Sancho se alejaban de la cabaña mirando con atención por todas partes y haciendo oír con frecuencia el agudo sonido de sus silbatos. Ya estaban casi desesperanzados de conseguir su objeto, cuando á la bajada de un desfiladero vieron con espanto el cadáver de un hombre á cuyo lado se veía un caballo que, á juzgar por lo destrozado que estaba, había sido pasto de la voracidad de las fieras habitadoras de las Bárcenas.

Sancho y su amigo hicieron la señal de la cruz y trataron de orientarse de las circunstancias del terreno en que se hallaba la víctima, con el objeto de volver al día siguiente á darla sepultura. Falta dar con el paradero del otro vasallo de la princesa, y era necesario volar en su socorro, dado caso de que estuviese en actitud de recibirle.

Los dos pastores continuaron haciendo su ojeo, siendo mas felices en su segunda escursión, puesto que al fin vieron llegar hacia ellos otro hombre montado á caballo, que, según los gritos que daba, parecía haber perdido la razón.

Cerciorado al fin de que la princesa existía, aquel hombre cesó en sus demostraciones de angustia y se dirigió precedido por Pablo á la cabaña, en tanto que Sancho echó á correr ligero como un gamo, afanoso como estaba de anunciar á Tenda, antes que nadie, el resultado de su expedición.

La princesa acababa de tener una larga conferencia con el viejo Guevara y recibió al jóven con muestras del mas vivo interés. Luego, al llegar uno de sus dos fieles acompañantes le recibió con el mayor regocijo; regocijo que vino á turbar muy pronto la triste noticia de la muerte del otro.

La noche iba con esto de vencida, y la princesa tenía necesidad de reposar un poco; Pablo y Guevara se retiraron á la choza del primero, y Sancho y el desconocido se quedaron guardando aquella en que dormía la augusta y extraviada viagera.

Cuando mas tarde volvieron todos, se trató de la imprescindible necesidad que la princesa tenía de llegar cuanto antes á Jaca. Al emprender su viaje se había visto obligada á guardar un riguroso incógnito, y de su escasa comitiva, compuesta únicamente de dos caballeros de su corte, que se habían disfrazado con los trages mas toscos que hallaron á mano, solo había quedado uno de estos y una sola cabalgadura. La princesa se vió en es-

tremo perpleja no sabiendo como llevar á cabo su expedición.

Entonces el viejo Guevara propuso que el caballero se quedase con él, en tanto que su hijo Sancho iría escoltando á pié á la hermosa y malaventurada dama. El caballero trató de oponerse diciendo que él iría á pié con su señora hasta el fin del mundo.

—No os lo consiento, dijo entonces Tenda con aire de autoridad; vos no estais acostumbrado á semejantes trabajos; no sois conocedor del terreno que vamos á cruzar y este jóven que anoche me salvó la vida reúne las condiciones que os faltan á vos. ¿Quereis acompañarme, Sancho?

—Con el alma y la vida; respondió el jóven profundamente conmovido.

Poco despues la princesa montaba á caballo y se despedía del caballero y de Guevara, partiendo con Sancho que dió un tierno abrazo á su padre.

Partieron y caminaron todo el día, silenciosos unas veces y otras entablando pequeños diálogos que acababan por quedar cada uno sumergido en profundas meditaciones. En aquellos momentos, lo mismo que en todos los demás, el humilde habitante de las selvas cuidaba con esmero de que la opulenta hija de la corte no pasase pena ni inquietud alguna. Cuidando que el sol no la ofendiera, que el aire no la azotara, que las ramas de los árboles no descompusieran sus flotantes vestidos, siguiendo la dirección de sus miradas, viendo si su caballo podía tener algun tropiezo, contemplando atónito la deslumbrante hermosura de la dama, el jóven Sancho parecía haber concentrado todas sus potencias, su vida entera, en el bien de aquella mujer que le parecía un ser sobre natural descendido del cielo, para que él le prestase su adoración.

Y entretanto la infanta hubiera querido evitarle aquellos trabajos á toda costa; hubiera querido verle vestido como ella, es decir, con ricos y opulentos trages; hubiera querido verle á caballo al lado de ella, volando juntos á través de aquellos campos áridos y solitarios.

Cuando llegaron á Jaca al cabo de tres días, sus almas se habían entendido tal vez por completo; pero Tenda no era libre, Tenda, se veía obligada por su padre á dar su mano á un príncipe á quien no conocía. La jóven, sin embargo, había formado en su interior el propósito de ver si podía revocar este fallo que venía á imponerle el deber de unirse para siempre á un hombre que no había sido en manera alguna el elegido de su corazón. Al separarse de su guía, Tenda le dirigió la palabra con verdadera ternura.

—¿Tan pronto quereis iros, Sancho?

—Sí, respondió el jóven haciendo un esfuerzo sobre sí mismo; voy á esconderme para siempre en aquel ignorado rincón del mundo donde os ví por la primera vez, donde no volveré á veros.

—No digais eso, exclamó Tenda sin poder dominar su emoción. ¿Quién sabe si nos veremos algun día...?

—Imposible! vos estais muy en alto y pronto os olvidareis de mí; yo entretanto rogaré á Dios por

vuestra felicidad, os llevaré á todas partes dentro de mi corazón...

—Y la princesa Tenda, repuso ella con voz entrecortada, ya que no pueda ser la esposa de Sancho tampoco lo será de ningun otro.

IV.

Desde que los dos jóvenes se despidieron y separaron á causa de la inmensa distancia de la alcurnia respectiva de cada uno, los días fueron lentos y monótonos, poco menos que eternos para el pobre Sancho que en vano procuraba borrar de su alma la imágen querida de Tenda. Aquellos días, sin embargo, iba transcurriendo los unos en pos de los otros, sin que nada viniese á distraer la inmensa pena que prensaba su corazón como si fuera una inmensa losa de plomo. Pasaron un mes, dos, tres... pasó un año y el luto y la desolacion parecia que se habia posesionado de aquella tosea y reducida choza, testigo un tiempo de las alegrías del enamorado mancebo. Sancho no cantaba ya; no apostaba con sus amigos y compañeros á vencerles en la lucha y en la carrera; su ánimo habia decaido y su cuerpo se habia demacrado: por la mañana reunia su corto rebaño y separándose de sus camaradas véasele tornar; cuando el sol iba desapareciendo, siempre sombrío y taciturno, y presa de una fiebre que sin duda debia consumirle.

El viejo Guevara no sabia como volverle la tranquilidad perdida; en vano trató de indagar mil veces las causas que motivaban tan profundo abatimiento. Solo en una ocasion dió el joven muestra de querer entregarse á dulces y consoladoras espansiones; mas luego hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo como avergonzado:

—Oh! perdonadme, padre mio; pero yo no debo decir nada de lo que pasa dentro de mí.

—Pero ¿no véis, exclamó Guevara vertiendo una lágrima, que me estás matando con tu eterno silencio?

—Decís bien, yo debia mostrarme alegre delante de vos, yo debia....

—Lo que tú debieras hacer, hijo mio, es ser franco conmigo y confiarme tus dolores, porque tú padeces mucho, Sancho, tú guardas un secreto....

—Un secreto que bajará conmigo á la tumba, replicó Sancho con acento breve y concentrado.

Los dos quedaron meditabundos durante un buen rato. Guevara fué el primero que rompió el silencio.

—Tú crees, dijo, que ese secreto no puede saberlo nadie y á pesar de todo yo lo he adivinado.

Sancho levantó la cabeza repentinamente: estaba pálido como un cadáver.

—Qué decís? exclamó.

—Por mas que quieras ocultármelo yo he leído en el fondo de tu alma convenciéndome de que ni ahora ni nunca has estado conforme con tu suerte; de que reniegas de tu cuna y maldices tu pobreza.

—Pues bien, exclamó Sancho animandose por grados, ya que vos habeis comprendido una parte del mal que me aqueja no quiero negároslo: yo sue-

ño durante las noches y pienso durante el dia en un mundo que no he visto; pero que debe existir segun yo me lo he imaginado; yo pienso en otra vida que no es la vida que llevo; siento brotar en mi alma la chispa de un deseo tenaz que me haria huir del sitio en donde he pasado mi juventud, que me haria renegar hasta de mí mismo. Parece que me empuja una mano invisible, que una voz inarticulada me dice: Sancho! Sancho! tú no eres lo que debieras ser; tú has nacido, no para guardar manadas de ovejas, sino para manejar centurias de hombres; tú pudieras honrar á una princesa uniendo tu mano con la suya....

—Desdichado! murmuró Guevara sin atreverse á fomentar aquellos delirios, ni hacerle descender á la triste realidad de su suerte.

Desde que ambos tuvieron esta conferencia, no fué solo el joven Sancho el que se mostró apesadumbrado y caviloso; tambien su padre mostraba una inquietud que le hacia buscar la soledad y que turbaba sus sueños. Algunas veces se hubiera creido, observándole, que tenia remordimientos.

Llegó un dia en que toda Navarra se vió sorprendida y agitados en extremo los ánimos de sus habitantes. Las ciudades, las villas, las mas pequeñas aldeas, se animaron como por encanto, y los unos temian, los otros se alegraban, esperando todos que un suceso poco conocido en la historia de los pueblos viniese á imprimir un nuevo rumbo á los asuntos del reino.

El monarca queria despojarse de su diadema y renunciar á los azares del mundo.

Pero como el rey Fortum no tenia legítima descendencia ni parientes mas ó menos cercanos, era forzoso proceder por eleccion al nombramiento del que debia sustituirle. En su consecuencia fueron convocadas las córtes generales del pais.

Entonces se vieron atizadas las ambiciones de cada uno; las parcialidades se dividieron, próximas á luchar con ahinco, y una corona que entonces no valia mucho, podia ocasionar grandes desgracias y tribulaciones.

La fama de todos aquellos sucesos llegó á penetrar hasta en las mismas Bardenas, en donde habitaba un puñado de hombres ignorantes y semi-salvajes.

Pablo volvió un dia de una de las poblaciones mas cercanas y contó todo lo que pasaba.

Sancho escuchó aquel relato y sus ojos brillaron un momento cual si estuviesen contemplando aquella corona que pronto habian de disputarse; luego lanzó un hondo suspiro y cayó en la mayor postracion.

El viejo Guevara se mostró sorprendido primero y luego quedó pensativo como su hijo.

¿En qué pensaban aquellos dos infelices mortales encerrados en el fondo de una choza?

Sancho pensaba en la princesa Tenda.

El viejo Guevara en las agonías de Sancho.

De pronto su rostro se animó, su frente se levantó altanera y poniéndose de pié acercóse á su hijo y exclamó con cierta solemnidad:

—Sancho!



—Qué mandais? Preguntó el jóven admirado al ver el sello de dignidad que se habia pintado en el rostro de su padre.

—Coje tu zurrón, tus abarcas y tu sombrero de camino.

Vamos á emprender un viage.

—Y adonde vamos? preguntó Sancho cada vez mas admirado.

—Al monasterio de Leire, repuso el viejo sin contestar á ninguna de las preguntas que su hijo continuó dirigiéndole.

V.

Los dos pastores llegaron al monasterio despues de dos breves jornadas y el viejo Guevara pidió permiso para hablar con el superior de la órden.

Sancho el jóven se mostraba cada vez mas atónito y confuso, tratando inútilmente de sondear los secretos de aquel á quien en vano dirijia una y otra pregunta.

Guevara permanecia encerrado en una continuada reserva y solo de vez en cuando solia decir á su hijo:

—Ya lo verás; ten calma y prepárate á ver satisfecha tu ambicion.

Estas palabras en vez de calmar la inquietud y la curiosidad de Sancho, venian á redoblarla.

Cuando ambos fueron conducidos á presencia del abad, el viejo pastor se inclinó humildemente y le besó una mano con sumision; mas luego que hablaron un rato en voz baja, sin que Sancho pudiese oír ni una sola palabra, el abad saludó á Guevara con ciertas muestras de deferencia, y hasta casi pudiéramos decir que de respeto. Luego vió el jóven que las miradas del uno y del otro se clavaban en él con demasiada insistencia, y que el abad se mostraba admirado en extremo, y en extremo satisfecho. Sancho no sabia qué pensar acerca de lo que veia.

Faltábale todavia mucho que ver.

Aquella noche se quedaron él y su padre dentro del monasterio, y cuando llegó la hora de la cena notó Sancho que toda la comunidad fijaba en él su atencion con la misma sorpresa y la misma complacencia que antes habia demostrado el abad.

Este último habia resuelto sentarse á la mesa aquella noche en compañía de todos los monges.

El viejo Guevara y Sancho fueron invitados á pasar al refectorio. Al entrar en él los monges se pusieron de pié; Sancho no sabia lo que le pasaba.

Luego fué grande, inmensa su admiracion. A la cabecera de la mesa se habian colocado dos asientos de preferencia, ocupado por el abad el uno y reservado el otro para él.

El jóven cruzó silencioso el salon y las piernas le flaqueaban. Luego que se hubo sentado, los demás hicieron otro tanto. El viejo Guevara ocupó su puesto á la izquierda del abad, mientras Sancho quedaba á la derecha.

Los dos pastores, vestidos toscamente, curtidos por los rayos del sol, y con sus manos encallecidas, enaron en compañía de aquellos preclaros varones

que durante su frugal banquete le dieron muestras de veneracion y de cariño.

Luego hubo un brindis general, que seria tal vez el primero que se habia oido en aquel recinto durante una porcion de años.

—Biindo por nuestro nuevo rey y señor, dijo el abad levantando su vaso y acercándole al que tenia Sancho en la mano.

—A la salud del rey, respondieron todos á una voz.

—Amen! añadió Guevara con acento profundamente conmovido.

Cuando Sancho se retiró á dormir no pudo tornar sus párpados en toda la noche; su frente ardia y su imaginacion volaba por regiones misteriosas y desconocidas en cuyo término veia siempre, inundada de luz y rodeada de seductores encantos, la imágen querida de Tenda.

—Tenda! exclamaba el pobre pastor; si tú siguiera amándome; si yo fuéase alguna vez digno de tí... pero esto es imposible! ¿Quién soy yo para poder amarte sin merecer tu desprecio? y sin embargo yo he visto esta noche que todos me miraban con respeto; yo he visto... Sí sí, cuando el abad brindó á la salud del nuevo rey, los ojos suyos y de los monges se clavaron en mí como si yo hubiera de ser el presunto elegido...

Sancho pasó la mano por su frente que era un volcan y trató de sacudir aquellas ideas insensatas que le agitaban.

—Delirios! ilusiones! exclamó interrumpiéndose, sin duda yo debo estar loco.

El alba iluminó al cabo su habitacion y le halló tendido sobre su lecho cada vez mas preocupado y lleno de inquietud.

—Levántate, Sancho, dijo Guevara penetrando de pronto en su alcoba; vamos á partir, hijo mio.

—¿Y á dónde vamos? A Pamplona; pero esta vez no iremos solos; iremos en compañía del abad.

Media hora despues se pusieron en marcha los tres indicados personajes, montados en otras tantas mulas y acompañados de algunos hombres que les iban franqueando el terreno.

Sancho entró al fin en la capital de aquella pequeña monarquía, que pisaba por primera vez. Las calles estaban llenas de una multitud cada vez mas creciente que se dirijia compacta y presurosa hácia un punto determinado hablando y gesticulando con ardor. Aquella multitud se componia en su mayor parte de forasteros allegados de todo el reino.

—El abad de Leire! el abad de Leire! gritaron algunos viendo asomar por un extremo de la calle á nuestros viajeros.

Y este grito fué circulando de boca en boca hasta el edificio en donde á la sazón acababan de reunirse las córtes.

Entonces se vió avanzar hácia adelante un piquete de soldados con un oficial de tropas del rey, los cuales hicieron los honores presentando sus sus armas.

—Paso al abad del monasterio de Leire, gritó el oficial á sus soldados que se colocaron en fila de-

jando á sus espaldas aquella curiosa multitud ávida de verlo y observarlo todo.

El abad pasó seguido de sus dos acompañantes.

—¿Quiénes serán esos dos pastores? preguntaba un honrado vecino á otro que tenia junto á sí.

—No sé, respondió el interpelado encogiéndose de hombros; lo único que me estraña es que sigan con él hasta la casa de los representantes. ¿No deciais que esta sesion era secreta?

—Así me lo aseguraron.

—Si no estais cierto de ello ¿por qué no quereis que vayamos hácia allí?

—Porque es imposible: ¿no advertís que la gente ha tomado todas las avenidas y que los soldados no tienen ya bastante fuerza para contenerla?

—Mirad! mirad! gritaban otros empinándose y alargando la cabeza, ya entra el abad.

—¿No es el único diputado que faltaba?

—Sí; pero ved como los pastores le siguen y penetran adentro. ¿Sabeis que el mozo es en extremo galan?

—Y que tiene unos ojos y una presencia que cautivan, decia una mujer á otra que estaba en su compañía.

Mientras esto pasaba en la calle los procuradores del reino celebraban una sesion verdaderamente solemne. El rey que abdicaba les habia llamado para que eligiesen á su sucesor, puesto que él no lo tenia directa ni indirectamente. Habia que optar por un hombre digno de ceñir la diadema y además de las sugerencias puestas en juego por algunos monarcas y señores vecinos, era necesario elegir entre otros muchos navarros que se disputaban el trono.

La sesion se iba acalorando; cada uno de aquellos dignatarios emitia su dictámen opuesto al de sus compañeros, cuando el abad del monasterio de Leire entró en el local á ocupar el puesto que le estaba destinado.

Sancho y el viejo Guevara se quedaron junto á la puerta del salon en donde los tres brazos, el clero, la nobleza y el pueblo, deliberaban, sin que pudiese presumirse á donde irian á parar aquellos importantes debates.

De pronto el abad de Leire se levantó y pidió la palabra; un silencio sepulcral sucedió á los anteriores murmullos, y aquel venerable religioso, que era un anciano de nevados cabellos, logró con su ademán y su acento de autoridad atraer sobre sí la atencion de aquella multitud tan revuelta un momento antes.

—De nada sirve, les dijo, que todo lo sometais al juicio de nuestra humana inteligencia, sinó poneis, como es debido, vuestro pensamiento en los juicios de Dios, estais debatiendo acerca del hombre que por sus acciones merezca ceñir á su frente la corona que hoy deja el rey Fortun de Navarra.

Todos y cada uno de por sí estais alegando y sosteniendo el derecho que en vuestro concepto asiste á este ó al otro de los que mas merecen vuestra confianza; yo los creo muy dignos á todos y sin embargo os juro, por la fé de Jesucristo que profeso,

que ninguno de ellos, absolutamente ninguno, será por ahora nuestro rey.

Estas palabras pronunciadas en tono firme y con las mayores muestras de conviccion, causaron en los ánimos de cuantos las escuchaban una admiracion grande y profunda que se tradujo en un murmullo general. El prelado dió muestras de querer hablar de nuevo y el silencio volvió á restablecerse.

—He dicho, añadió, que todo lo poniais en mano de nuestra pobre inteligencia sin contar para nada con los decretos del Altísimo, y os lo he dicho por que me consta que hay misterios sublimes en todo los actos de su divina providencia.

La humanidad vive ignorante de muchas cosas que suceden en el mundo y hay secretos que pasan desapercibidos á nuestros ojos; pero que pueden descubrirse, si así lo decreta el cielo. Vosotros creéis que el rey Fortun no tiene pariente alguno, y yo sin embargo testifico y vuelvo á jurar que tiene nada menos que un hermano.

El abad paseó su mirada por todo el auditorio y vió el inmenso asombro y hasta podemos decir el estupor que tan inesperada noticia acababa de causar. Los mas incrédulos se encojieron de hombros creyendo tal vez que el abad habia perdido su razon.

(Se concluirá.)

UN VIAJE REDONDO.

I.

APARECE EN EL HORIZONTE EL HÉROE DE NUESTRA HISTORIA.

—No tanto lastre, amigo mio; no tanto lastre, por San Telmo: tengo tan abarrotada la bodega, que no entraria un bocado mas, aunque lo empujasen con espeques.

—Esta manzana de Balsain...

—Nada, absolutamente nada.

—¿Y si yo te lo rogase?

—¿Qué diablo! Si tú me lo rogases, hermana mia; si tú me lo rogases, seguiría cargando hasta quedarme entre dos aguas; pero como no es posible que te goces en que me cuele por ojo...

—¿Y este vaso de vino?

—Eso muda de especie: un buque que ha cargado tanto como yo acabo de cargar, necesita estívarse en toda regla.

—Ahora una copa de aguardiente.

—Venga. El buen marino jamás vuelve la popa á una paila espirituosa, aunque mida quinientas toneladas. ¡Magnífico licor!... Si lo tuviese á bordo en las horas de guardia, ¡que perfectamente habia de forrar los fondos! ¡qué noches tan alegres pasaría sobre cubierta!

—Pues qué ¿en los buques no se bebe?

—Muchísimo, amigo mio; muchísimo; pero ya

se vé, tenemos allí tan cerca el agua, que se filtra sin saber cómo ni cuándo hasta en las vasijas de cristal; y luego los malditos despenseros han dado en la manía de ser tan excelentes cristianos, que temerian encallarse en las costas del infierno si nos diesen el aguardiente y el vino sin bautizar.

—¿Otra copita mas?

—No por cierto, amigo mio, no por cierto: no me gusta que me den remolque, y estoy seguro que le necesitaría, para trasladar este pobre casco al fondeadero de la cama, si bebiese una gota mas.

Esta conversacion pasaba entre una señora, dos caballeros y dos niños de distinto sexo que se hallaban sentados á la mesa y concluyendo de cenar, en una modesta habitacion del pueblo de Cabañaquinta, uno de los que forman el concejo de Aller en el antiguo principado de Asturias.

La primera, llamada Catalina y que era la dueña de la casa, tendria unos treinta años, y á través de todos sus gestos y de todas sus palabras se descubria una concentrada melancolía, una profunda tristeza que en vano procuraba disimular. Su traje y adornos eran completamente negros.

La division carlista que al mando del general Gomez recorrió durante el verano de 1836 la mayor parte de España, seguida siempre de cerca, pero muy raras veces a'acada, por las tropas liberales, como si jugasen, segun se dice vulgarmente, al escondite, habia penetrado en la provincia de Oviedo por la carretera de Castilla y caido sobre la capital casi de improviso.

El batallon provincial de Pontevedra que se hallaba de guarnicion en Oviedo, y los milicianos urbanos de las poblaciones inmediatas, que se habian reunido apresuradamente á sus hermanos de la ciudad, abandonaron esta al saber la aproximacion del enemigo, y se retiraron al Barco de Soto, pequeña aldea situada á una legua de distancia sobre la orilla derecha del Nalon.

Difficilmente se hubiera encontrado, aunque de intento se buscase, un punto menos á propósito para ponerse á cubierto de un enemigo, acostumbrado á pelear y á vencer, y cuyas fuerzas eran seis veces mayores que las allí reunidas.

Situada la aldea en un pequeño valle cercado en su mayor parte por colinas de regular elevacion, las tropas se hallaban como en el fondo de una red, y era muy difícil, si no imposible, su retirada en buen orden, si los carlistas, como era de esperar, las atacaban por sorpresa.

Este descuido militar, este olvido de las nociones mas triviales del arte de la guerra, ni aun puede disculparse con el aturdimiento, ni con la esperanza que al parecer abrigaban de que la division madada por el general Manso, que venia en persecucion de Gomez, acudiria pronto en su socorro.

El jefe de las tropas liberales no se dió por otra parte gran prisa á sacarlas de la comprometida situacion en que se hallaban, y á la mañana siguiente se vieron sorprendidas por los batallones enemigos, que favorecidos por la topografía del pais y por una niebla espesísima, penetraron en el valle sin ser vistos ni sentidos, hasta que algunas descar-

gas casi á quemarropa dieron á conocer su presencia en los puestos avanzados.

La sorpresa y el espanto se apoderaron de las fuerzas sorprendidas; y aunque un par de compañías reunidas apresuradamente defendieron con denuevo el paso del rio, se vieron cercadas y envueltas instantáneamente por todas partes; el desaliento cundió con la velocidad del rayo por sus filas, y á la voz de "sálvese el que pueda" se lanzaron á los cerros, huyendo en el mas completo desorden, sin que fuese bastante á detenerlas la voz de sus jefes, que veian en aquel desconcierto la pérdida de la mayor parte de los fugitivos.

Los urbanos, poco acostumbrados á la disciplina militar y á los trances de la guerra, caian por pelotones en poder del enemigo, que los hubiera hecho á todos prisioneros, si temiendo quizás la aproximacion de las tropas de Manso, no hubiese renunciado á perseguirlos por un pais para él completamente desconocido.

Aquel fué un dia de consternacion y de luto para la parte central del principado.

Los habitantes de la capital presenciaron por la tarde la entrada del enemigo en medio de un silencio sepulcral, tan solo interrumpido por el estruendo de las cajas de guerra, los ayes de los heridos y los gritos desgarradores de los que veian entre los prisioneros á sus padres, á sus hijos, á sus esposos ó á sus hermanos, y de los que al notar la ausencia de las prendas queridas de su corazon, las contaban en el número de los muertos.

Estos afortunadamente habian sido pocos; pero entre ellos se contaba á don Antonio Pumarino, médico del concejo de Aller y capitán de milicianos, que habia perecido como un valiente defendiendo el paso del puente en lo mas empeñado del combate, para facilitar la retirada á sus compañeros, menos conocedores que él de aquel terreno.

Pumarino era esposo de Catalina.

No es extraño por lo mismo que amándolo con el delirio que le amaba, y viéndose casi reducida á la miseria y con tres hijos de corta edad, revelase su semblante el triste estado de su alma, alma por demás sensible, á pesar de que llevaba, en el momento en que la presentamos en escena, un año de viudez.

El mayor de los azotes que pueden caer sobre un pueblo es la guerra civil.

A la derecha de Catalina se hallaba sentado el cura párroco del pueblo, hombre de unos sesenta años, persona muy respetable por su caridad é ilustracion, y que habiendo sido un amigo inseparable de Pumarino, miraba como un deber sagrado el consolar, por cuantos medios estaban á sus alcances, á la infeliz Catalina.

El hijo mayor de esta, que apenas contaba entonces catorce años, ocupaba un asiento á la izquierda de su madre y la acariciaba tiernamente, cuando los tristes recuerdos que acibaraban su existencia, la obligaban á llevar el pañuelo á los ojos para secar y ocultar las lágrimas que corrian involuntariamente por sus pálidas mejillas.

Frente á este se hallaba una hermosa niña, de

once años escasos, y cuyo rostro angelical anunciaba un alma sensible y un corazón bueno y tiernísimo.

Hija única de un hermano del párroco y huérfana de padre y madre, á consecuencia de los terribles estragos del cólera morbo en 1834, se hallaba desde entonces en compañía de su tío, que se esmeraba en darla una educación tan distinguida como los elementos del pueblo lo permitían, y en procurar, á fuerza de cuidados y de cariño, hacerla menos sensible la falta de los autores de sus días, á cuya empresa contribuía también la viuda de Pumarino con la tierna solicitud de una madre.

Entre estos dos niños, que se miraban como hermanos, que se veían á todas horas, que habían ido juntos á la escuela, que jugaban siempre juntos, existía una secreta simpatía que los obligaba á buscarse á todas horas, y á no estar satisfechos sino cuando se hallaban el uno al lado del otro.

La peste y la guerra, estos dos terribles azotes de la humanidad, habían alumbrado con sus fúnebres antorchas los primeros años de estas tiernas criaturas, proporcionándolas un mismo presente, y quizás vagaba ya por sus infantiles fantasías la idea de un mismo porvenir.

En medio de los dos niños y ocupando el puesto de preferencia, se hallaba sentado un jóven de veinte y cinco años, alto, delgado, de tez morena y algun tanto atezada por el influjo de los elementos, de ojos vivos, negros y rasgados, de dulce y cariñosa mirada, y cuyo traje y maneras daban á conocer desde luego que á pesar de hallarse entonces á ocho leguas de la costa, su elemento habitual era los mares.

Y efectivamente, este jóven, á quien hemos oído decir, que tenía demasiado lastre á bordo, era el primer piloto del bergantín *Pelayo* que se estaba preparando en el puerto de Gijón, con destino á la capital de la mas preciosa de nuestras colonias.

Era natural de Luanco, pequeño puerto situado al Este y á las inmediaciones del cabo de Peñas. Hermano único del difunto Pumarino, á quien profesaba un amor y un respeto casi filiales por haber quedado sin padre en edad muy temprana, jamás emprendía un viaje largo sin despedirse personalmente de la viuda y de los hijos de aquél, á quienes socorría tan liberalmente como su fortuna se lo permitía.

Esta vez su viaje á Cabañaquinta tenía un doble objeto. Catalina le había rogado en una carta que pasase á verla algunos días antes de su salida para la Habana, con el fin de consultarle sobre un asunto de mucha importancia y trascendencia, y el marino se había apresurado á satisfacer los deseos de la que amaba como una hermana.

Catalina y el cura le estaban esperando con ansiedad, y media hora despues de su llegada habían servido la cena.

En vano el piloto del *Pelayo*, deseoso de conocer el por qué de la precipitación con que se le había llamado, se acercó varias veces á la viuda interrogándola con la vista. Catalina, mas triste aquella noche que de costumbre, esquivaba sus miradas,

se cubría el rostro con el pañuelo, y dirigía despues sus ojos arrasados de lágrimas al párroco que tenía á su derecha.

Este procuraba infundirla valor y serenidad, y parecía decirle con la vista: no es tiempo aun.

Pumarino se encogía de hombros en vista de aquella misteriosa pantomima, si bien se le alcanzaba que estaria relacionada con el objeto de su viaje, y que se trataría de un asunto no muy grato para su pobre hermana; pero de carácter alegre, como la mayor parte de los hombres de su profesión, se habia sentado á la mesa resuelto á cenar tranquilamente.

—El éariz anuncia tormenta, habia dicho para sí; comamos y bebamos con calma, antes que se nos venga encima el chubasco.

Y efectivamente, el piloto del *Pelayo* comió y bebió con el apetito de un jóven robusto á quien no inquietan pesares, y que habia caminado aquel día ocho leguas á caballo.

Cuando introducíamos á nuestros lectores en el modesto comedor, la cena estaba á punto de terminarse.

Catalina hizo levantar de la mesa á los dos niños, los besó cariñosamente y les ordenó que fuesen á jugar un rato en la cocina, mandato que obedecieron con visibles muestras de contento. La viuda de Pumarino siguió por unos momentos á su hijo con la vista, y cuando volvió la cabeza su rostro estaba encendido, sus ojos preñados de lágrimas, y de su pecho se escapó á pesar suyo un suspiro.

La triste Catalina debia sufrir mucho en aquellos momentos.

El eclesiástico la contemplaba con vivo interés, meneaba tristemente la cabeza, y luchaba entre el temor y el deseo de romper el silencio.

—Y bien, Catalina—la dijo al fin el piloto deseando poner término á aquella escena muda y sentimental, que creyó y no sin razon relacionada con el objeto de su viaje—cuando á un hombre se le hacen correr á todo trapo ocho leguas, con algun fin será. Sabes que soy tu hermano y que te quiero ¡voto á tal! Larga cable y sepamos de una vez lo que pasa. ¡Qué diablo!... Con gemir y suspirar nada se adelanta, y ¡y por San Telmo! que si sigues así, vas á conseguir que el marino mas duro de la costa de Cantabria gima como una fragata vieja en el momento de zozobrar.

Y el conmovido piloto llevó con disimulo la servilleta á los ojos, porque apesar de los esfuerzos que hacia por aparecer tranquilo y sereno, sus pupilas se iban humedeciendo.

A su franca y directa interpelacion se siguieron algunos instantes de silencio en que los tres interlocutores parecían sumidos en un tiste letargo.

Catalina dirigió al buen sacerdote una mirada suplicante.

—Ya sabeis, amigo mio,—dijo éste secundando los deseos de la viuda y dirigiéndose al marino—que vuestro hermano al morir dejó á Catalina con muy cortos recursos y con tres niños, uno de ellos mandando aun.

—Así es, por desgracia.

—La corta pension que el gobierno le ha concedido, y vuestra generosidad...

—No hablemos de eso, señor cura. Soy solo, tengo pocas necesidades, gano lo bastante para vivir con holgura, y en nada podria emplear mejor unos ahorros, que en mi poder no llevarian muy buen viaje, que en aliviar la suerte de mi pobre hermana. Ojalá se hallasen abarrotados de oro mis baules para poder trasbordarlo á los suyos.

Catalina le dirigió una mirada que encerraba un mundo de gratitud.

—Pues bien, amigo mio—prosiguió el sacerdote—los niños crecen; las necesidades crecen tambien de dia en dia...

—¡Cómo!—esclamó Pumarino dirigiéndose á su hermana.—¿Pasas necesidades y no me lo has escrito? Eso no será ¡voto á los penoles del *Pelayo!* mientras yo tenga en mi bolsillo una sola peseta.

Y depositó sobre la mesa todo el dinero que llevaba consigo.

—Aquí tienes mi caudal, prosiguió el piloto; toma de él cuanto necesites, y si lo necesitas todo...

—Gracias, hermano mio.

—Las gracias para despues que lo hayas tomado. Cuando un buque se alija de lastre es una prueba de que no lo necesita; y aunque lo necesitara ¡voto al diablo! aunque lo necesitara seria lo mismo.

—Te aseguro—le interrumpió Catalina temblando de emocion y devolviéndole el bolsillo—que por ahora tengo cuanto dinero me hace falta, y que no he tocado aun á la última cantidad que me mandaste.

—¿A qué vienen pues esas lágrimas? ¿Por qué te encuentro hoy mucho mas aflijida que la última vez que recalé á tu casa?

Me llamas; levo al instante mis anclas; me vengo aquí en popa cerrada; atraco á tu costado de babor, te pregunto y callas. ¿Qué es lo que te pasa, mi buena Catalina? ¿Dudas acaso de mi cariño? ¡Oh! ¡por San Telmo! que si así fuese...

—No creais eso, amigo mio—se apresuró á decir el párroco, viendo asomar las lágrimas á los ojos de la viuda—Catalina tiene en vos mas confianza que nunca, pero sufre mucho; su corazon de madre está desgarrado; el deber y la necesidad le imponen un deber muy superior á sus fuerzas, agotadas por el sufrimiento, y no debeis extrañar las lágrimas que se agolpan á sus ojos, ni los suspiros que se escapan á su pecho.

—¿Ocurre alguna desgracia?—preguntó sobresaltado el piloto.

—Vuestro sobrino Casimiro...

—¿Navega de mala vuelta? ¿Se atreve á darla disgustos?

—Todo menos eso, amigo mio.

—Me alegro ¡voto á mil huracanes! porque antes de verle convertido en un mal hijo, seria capaz de colgarle del penol de una verga, para escarmiento de sus hermanos.

—¡Si supieses qué bueno y qué cariñoso es para conmigo!—le dijo Catalina.—Tan bueno y tan cariñoso como su padre.

Y las lágrimas inundaron de nuevo el rostro de la viuda de Pumarino.

—¡Qué diablo!—la dijo conmovido el piloto, acercando á ella su silla y tomándola cariñosamente las manos.—Con las lágrimas que has derramado desde que mi pobre hermano se fué á pique, podria permanecer á flote el navio *Trinidad*. Santo y bueno que lo sientas; pero no tanto, Catalina; no tanto, porque en eso ofendes á Dios. ¿No es verdad, señor cura, que ofende al Señor con estar llorando á todas horas como si hubiese muerto ayer su marido? El cielo te ha dado tres hijos, y es preciso que vivas para ellos.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!—esclamó Catalina hablando consigo misma.—¡Tres hijos de los cuales voy á perder el primero!

—¿Qué hablas ahí de perder?—la preguntó el piloto mirándola con asombro.

—No la hagais caso—se apresuró á decir el sacerdote.—El cariño maternal le hace descubrir peligros donde en realidad no existen. El niño se halla próximo á cumplir catorce años y tiene excelentes disposiciones; su padre le destinaba á la carrera de medicina, y á no haberle perdido, habria pasado en el último curso á la universidad; pero el Señor, que todo lo puede, ha dispuesto las cosas de otro modo y no hay mas remedio que conformarse con su santa voluntad; pero como el tiempo vuela, y como metido Casimiro en esta pobre aldea no pararia de ser un pobre labrador, hemos pensado que mandándole á la Habana...

Un ligero ruido como si alguno hubiese cerrado cautelosamente la puerta del comedor, hizo que los tres interlocutores dirigiesen hácia aquella parte la vista. La puerta no se movia.

—Hable Vd. mas bajo, por Dios—dijo Catalina dirigiéndose al párroco.—Hable Vd. mas bajo; porque si él tan sensible, se apercibiese de que quiero separarle de mi lado sin prepararle antes para recibir un golpe tan cruel, se moriria de pesar.

—Pues bien, amigo mio—prosiguió el buen sacerdote bajando algun tanto la voz—ya sabeis todo el misterio y el por qué de la tristeza y de las lágrimas de vuestra hermana. La infeliz teme que en un viaje tan largo...

—¿Se muera? ¡Qué disparate! ¿No voy yo á las Antillas y vuelvo dos ó tres veces al año sin el menor contratiempo?

—Eso mismo la digo yo. Y dando la casualidad de que Vd. está próximo á emprender ese viaje, aconsejé á Catalina que le llamase, que consultase el parecer de Vd., y que una vez decidida á mandarlo, lo hiciese en su compañía, con lo cual el niño irá perfectamente cuidado y ella se quedará menos afligida.

—Y bien, ¿qué dices tú á esto?—preguntó el piloto á su hermana.—¿Consentirás que me lo llevé? Te lo cuidaré mucho, mucho, durante el viaje, y no le faltará una buena colocacion en cuanto lleguemos á la isla.

—¡Es una navegacion tan larga!—repuso tristemente Catalina.

—Otras hay mucho mayores. Hoy se va de Gi-

jon á la Habana antes y con menos exposicion que á Barcelona.

—¡Y luego ese maldito vómito!...

—Algunas personas largan con él la corredera; pero son en menos número de lo que por aquí se cuenta. El buque que está destinado á naufragar antes de llegar á viejo, lo mismo se cuele por ojo aquí que en Flandes.

—¡Pasará el infeliz tantos trabajos!...

—El hombre ha nacido para remar y remar; pero llegando con felicidad al puerto, olvida por el presente lo pasado.

—Soy de la misma opinion, amigo mio—añadió el eclesiástico, animado al ver que el semblante de Catalina se serenaba por momentos.—Soy de la misma opinion, y así se lo he dicho muchas veces á vuestra hermana. Además, si el niño se quedase entre nosotros, sería durante algunos años una carga pesada para su madre. Ella siente, y es muy natural, separarse de su lado, y hace algunos meses que lucho por convencerla á que haga este penosísimo sacrificio, en aras del bienestar de ese mismo hijo, á quien tanto idolatra, y que quizás algun dia podria reconvenirla, porque teniendo ocasion de hacerlo, no le habia puesto en camino de hacer fortuna.

—¡Fortunal dijo Catalina meneando tristemente la cabeza.

—Ya se vé que la hará,—repuso el marino con el acento de la conviccion mas profunda.—¡Y cómo te alegrarás al abrazarle dentro de algunos años, hecho ya un hombre y abarrotado de oro hasta las bocas de la escotilla!... Con que no hablemos mas sobre el asunto, pasaremos aquí reunidos cuatro dias lo mas alegremente posible; le arreglas su ropilla de viaje y me lo llevo. Nada de pensar en el pasaje, porque este gasto y el vestirlo en cuanto lleguemos, corren exclusivamente de mi cuenta.

—¡Cuánto te debo, hermano mio!—exclamó la buena Catalina oprimiendo entre las suyas las manos del piloto.

—Estamos conformes ¿no es verdad? Pero no has de llorar ni entristecerte, porque abrigo la conviccion de que tu hijo hará un magnífico viaje redondo, y que será algun dia tu consuelo y el protector de sus hermanos.

En aquel momento se oyeron tras de la puerta un gemido y un golpe como el que produce un cuerpo humano al caer desplomado.

Los tres interlocutores se dirigieron sobresaltados á la puerta, que permanecía cerrada. Al abrirla, lanzaron los tres un grito de espanto.

Eloisa, la hermosa niña que habia salido del comedor momentos antes, estaba tendida en el suelo sin sentido, y Casimiro arrodillado junto á ella y cubriéndola de caricias y de lágrimas, se esforzaba inútilmente por levantarla.

En los primeros momentos la creyeron muerta; tal eran la palidez y la frialdad de su rostro; pero no lo estaba.

Aquellas dos sensibles criaturas, sospechando por lo que habian visto y oido que en el comedor debía

pasar alguna cosa extraordinaria, se habian puesto á escuchar y recibieron el castigo de su falta.

BALDOMERO MENENDEZ.

(Se continuará.)

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubín de Celis.

TERCERA PARTE.

I.

LA RELUMBRANTA.

"De la virtud la hermosura
"La grabó naturaleza
"Tanto en el alta nobleza
"Como en el humilde estado."

T. de L. S.

Nunca habia merecido Elena mejor su apodo de "Siete Dolores," nunca su jóven corazon se habia visto mas tristemente despedazado, ni su ardiente imaginacion, presa de mas horrible y cruel incertidumbre.

Hasta entonces, merced á su paciencia para dirigir la escuela habia podido aunque milagrosamente alimentar por las noches á su madre con la miserable cena que con tanto trabajo conquistaba, hasta entonces la Polvorosa, ágil y en el uso de todas sus facultades físicas, aunque habitualmente lagrimosa, podia emplearse en todas las faenas domésticas que dejaba ya arregladas antes de marcharse á la plaza y podia evitar á su hija trabajos rudos y para ella antipáticos por naturaleza, dejándola en libertad de permanecer con la Soberana desde las primeras horas del dia, hasta que la noche empezaba á envolver con su manto de tinieblas la pacífica villa de Candás.

La situacion de la pobre niña era entonces tan terrible, tan dolorosa, tan apremiante, que su espíritu fuerte entre los fuertes, se veia próximo á desfallecer, y su fé ciega y sublime como la de los primeros cristianos amenazada por la tentacion y la duda.

Si dejaba de asistir á la escuela, su tia tan ruin, tan mezquinamente interesada, ¿no la privaria de las miserables sobras, que constituian en el dia

su único recurso? ¿Y cómo dejar á la pobre vieja sola y ciega, abandonada por tantas horas? ¡Ay! Cuando Elena fijaba los ojos en su desconsolada madre, cuando recordaba que privada de la vista, obligada á renunciar á su miserable industria de revendedora, no tendria en adelante ni una fruta de desperdicio para apagar su sed, cuando consideraba que en adelante todas las faenas, todos los quehaceres de que hasta entonces habia huido, habian venido á pesar sobre su persona, maldecia su espiritualismo, su ignorancia de la vida material, y se lamentaba de que Dios no la hubiese dejado ciega conservando en cambio la vista á la Polvorosa, que al fin y al cabo era una mujer como cualquiera otra.

Presa de una desesperacion imposible de describir, Elena, cerró la puerta de su miserable choza, y recomendando á su madre el valor y la resignacion de que tanto necesitaba, se dirigió á la cabaña de la Relumbranta, que despues de haber despachado á su hijo muy temprano para la pesca, estaba ya hilando cerca de la puerta y tarareando con voz cascada un antiguo romance "de los doce Pares de Francia" para entretener el tiempo.

El semblante de Elena revelaba un dolor tan profundo y sus facciones estaban hasta tal extremo descajadas, que la Relumbranta al verla arrojó la rueca y corrió á su encuentro, sosteniéndola en sus brazos con la mayor solicitud.

Elena quiso hablar, pero la voz se anudó en su garganta y prorumpió en un llanto amargo y desconsolador que no hizo mas que aumentar la alarma de la buena anciana.

—¡Pero habla! ¡habla! ¿qué es lo que te sucede, hija mia? repetia la Relumbranta perdiéndose en un mar de conjeturas.

Elena hizo un esfuerzo supremo, y pudo al fin articular las palabras: "¡Ciega, ciega!" ahogándose de nuevo entre sollozos que salian de lo mas profundo de su alma.

—¡Ciega! ¡esclamó la Relumbranta sin comprender la estension de aquellas terribles palabras. ¡Ciega! pero ¿quién, hija mia?

Elena reunió todas sus fuerzas y esplicó lo mejor que pudo á la pobre Relumbranta la imprevista desgracia que le habia destinado el cielo.

—¡Ay! ¡Lena! ¡esclamó sencillamente la buena mujer! ¡como tú eres así tan sabidora, y que te pasas las horas muertas *recapitando* en las historias que aprendiste con la Soberana, sin duda que se te ha trastornado el juicio... pues no faltaba mas, sino que Dios se hubiese acordado para eso de la pobre Polvorosa que en la vida hizo mal á una mosca!

Vamos, hija, vamos y no lagrimees mas, que eso no será nada y es preciso no asustar á tu madre... ¡Pues digo! ¡Como es mujer de tanto valor la pobre Gumersinda!

Y la Relumbranta cerró la puerta, se colocó la llave en la cintura de su basquiña y echó á andar en compañía de Elena hácia la cabaña de la pobre frutera.

Hay en la vida situaciones extremas que ejercen una presion indefinible sobre el ánimo, y le

hacen amoldarse á todas las ideas que sucesivamente le preocupan; y Elena que acababa de cerciorarse de su terrible desgracia, Elena que desfallecía bajo el peso de aquella calamidad que no se hubiera nunca imaginado, siguió á la Relumbranta, asustada, sobrecojida, pero esforzándose en creer que tal vez su sentimentalismo exageraba la desgracia, y que quizá la Relumbranta tendria razon.

Elena abrió la puerta dejando á la buena vieja penetrar la primera hasta la alcoba, porque desde el momento en que habia vuelto á percibir el sordo gemido de la ciega volvió á caer en su primera desesperacion, y queria conservar su fugaz ilusion un minuto mas.

La Relumbranta penetró en la alcoba con esa confianza de las almas buenas que no aciertan á creer en la desgracia, disponiéndose á reprochar á la madre y á la hija sus exageraciones; pero apenas la Polvorosa percibió aquella voz amiga, exhaló un grito terrible y desesperado, adelantando los indecisos brazos y enseñando los ojos empañados como un cristal opaco.

Renunciamos á describir la escena que se siguió entonces. La Relumbranta se dejó caer sobre la cama de la pobre ciega, la estrechó tiernamente contra su corazón y ambas ancianas confundieron en silencio sus gemidos y sus lágrimas como si el Señor las hubiese agobiado con la misma desgracia.

Elena permanecia inmóvil en un rincon de la alcoba, fijando distraidamente sus ojos en el hermoso rayo de sol que penetraba por el ventanillo y que tenia en aquella ocasion un no sé qué de irónico.

—Gumersinda! dijo al fin la Relumbranta con acento casi solemne y sin soltar la mano de la desventurada ciega... yo no podia creer en tu desgracia, porque no la mereces, pero Dios es grande y él sabrá por qué te envia esa nueva prueba. Pero no te aflijas, mi pobre amiga, que no estás todavía sola en el mundo como otros tantos infelices!.. ¡no! Anciana y pobre como soy, Dios ha querido que pueda serte útil todavía... ¡Elena! ¡hija mia! añadió cariñosamente dirigiéndose á la jóven que permanecía en pié é inmóvil como una estatua del Dolor; vé, vé á trabajar como siempre á casa de tu tia, que si no fueses te cerraría probablemente su puerta; yo cuidaré á tu madre durante tu ausencia, y un solo pez que traiga en su barquilla Pedro el Relumbrante le partiremos con la pobre ciega; yo te lo juro por nuestro patrono San Sebastian.

Elena tornó entonces sus grandes ojos negros hácia la Relumbranta con una expresion de gratitud que envaneció á la pobre mujer como la mas honorífica de las distinciones.

La Relumbranta que estaba segura de ocupar el mejor lugar en el corazón de la Polvorosa y que comprendia todo el cariño que Pedro profesaba á la huérfana, veia con sentimiento que la elevada inteligencia de Elena no podia nunca acostumbrarse á sus rudos modales, y que á pesar de la delicadeza con que la niña procuraba disimular su indiferencia, no habia en aquel corazón tan noble y apasionado un solo impulso de simpatía hácia la madre del pobre pescador.

Por eso la pobre anciana encontró en aquella mirada profunda, lo que no había podido encontrar hasta entonces. Por eso, sensible como todas las almas buenas, á la primera espresion de cariño tanto tiempo anhelada, corrió con efusion á estrechar á Elena contra su corazon, gozándose en contemplar su frente noble y privilegiada, y repitiendo con una espresion que abarcaba todo su pensamiento:

—¡Hija mia! ¡hija mia!

Elena dejó correr las lágrimas sobre el rostro de la anciana, pero apesar de sus esfuerzos no encontró una sola frase de cariño para aquella excelente mujer, que se creia feliz con estrecharla en sus brazos.

—¿Por qué, se preguntaba con angustia la pobre niña, mi corazon tan vehemente y apasionado no ha de tener palabras para esa pobre mujer, á la que me ligará siempre un vivo sentimiento de gratitud?

Segura ya de no dejar á su madre sola en su desgracia, Elena se encaminó sin perder tiempo á casa de su tia para comunicarle la terrible desgracia que le aquejaba, dejando á la Relumbranta el cuidado de la casita hasta que volviese.

Apenas se encontró dentro de la escuela Elena, que se habia esforzado en atravesar las calles sin llamar sobre sí la atencion de las gentes, prorumpió en un llanto tan amargo, que la Soberana que se hallaba entonces en el comedor salió corriendo á la clase para averiguar la causa de aquellas lágrimas y aquellos suspiros tan dolorosos.

—¡Ah! Eres tú! exclamó entrándose de nuevo en el comedor... hija... vaya un ruido y una lamentacion... pues ya hemos saído de la cuaresma... alguna tontería... añadió como respondiendo á una pregunta ¡alguna tontería!

Elena sin parar siquiera la atencion en la dureza de su tia, se entró tras ella en el comedor y lanzándose á su cuello rodó sus gemidos que hubieran conmovido al corazon mas duro.

—¿Pero qué te sucede? preguntó con menos acritud la Soberana, reparando en las descompuestas facciones de Elena... me has asustado de manera que no voy á poder sufrir hoy el histórico... ¡amos, habla con mil demonios!

Elena quiso hablar pero la voz se anudó en su garganta.

—Hablarás, bruta? repitió la Soberana desasiéndose de sus brazos y encolerizándose mas cada vez.

Elena entonces hizo un esfuerzo sobre sí misma y refirió á su tia en pocas palabras la desgraciada y súbita ceguera de su pobre madre.

La Soberana aunque algo conmovida, porque el grito de la sangre no se puede sofocar por completo, prorumpió en denuestos contra su mísero destino que se empeñaba en rodearla de personas inútiles, concluyendo por decir á Elena que aunque ella consistiese de buena fé en encargarse de aguantar las simpezas de su hermana, su posicion no le permitia hacer por ella el mas pequeño sacrificio.

—Sí, Monseñor! añadió la Soberana volviendo la cabeza, muchos creen que estoy rica, como si los

maestros no estuviesen hoy dia peor que el último peon de albañil... y nadie lo sabe mejor que V. S., que á no ser por el Sr. cura y por las liberalidades de la Sra. Mariscalá hubiera tenido que poner mis basquiñas y mis zarcillos *empeñaranda*.

Elena volvió entonces los ojos y los bajó en el mismo instante ruborizada.

Tendido con un voluptuoso abandono en el camapé de indiana, el jóven abate de Santarua, tenia fijos en ella sus hermosos ojos, cuya profunda mirada penetraba hasta lo mas recóndito del corazon.

Hermoso era en verdad el abate, y sin embargo Elena jamás se habia atrevido á mirarle de frente; por que humillada por su posicion, por sus vestidos raídos y miserables y sobre todo por las punzantes alusiones de su tia, se escondia cobardemente en el último rincón, apenas traspasaba el umbral el aristocrático descendiente de los Guzmanes.

Elena se sentia como abrasada bajo el incandescente rayo de aquella pupila que atraia la suya como la serpiente atrae al pájaro que fascina.

Por la primera vez de su vida la hija del pescador hubiera querido encontrarse ataviada con un lujoso traje y ser una gran señora, por solo el placer de atreverse á sostener la voluptuosa mirada de Rodrigo; porque la pobre niña comprendia perfectamente que ninguna humillacion puede compararse á la de la mirada galante que un título de Castilla arroja sobre una pobre huérfana, que se envuelve en un traje raro y estrecho y que enseña vergonzosamente sus piés por las roturas de sus despedazados zapatos.

Elena levantó un momento los ojos y vió reflejado en la cornucopia dorada su moreno rostro iluminado por un vergonzoso rubor, y á pesar de la preocupacion que agitaba su espíritu se encontró mas hermosa que nunca.

¡Estrañas anomalías de la juventud! La que se avergonzaba de su miserable atavío, la que se sentia humillada por su posicion ante el abate, la que se veia oprimida por el mas triste infortunio, gozaba al mismo tiempo en creerse hermosa y aquella creencia hizo cruzar por su frente una fugitiva sombra de satisfaccion, que pudiéramos llamar una espresion de triunfo.

Pero todas estas reflexiones, todas estas alternativas pasaron con la rapidez del relámpago, y apenas la Soberana habia concluido su consoladora perorata, Elena respondió con una dulzura llena de dignidad:

—Nunca he pensado, mi querida madrina, hacerlos cargar con el peso de la pobre ciega, pero pues que nada, absolutamente nada podeis hacer para socorrerla, trabajaré dia y noche para proporcionarle lo que necesite. Dios que vé mi corazon, bendicirá mi trabajo.

—Ah! víbora! exclamó la Soberana montando en cólera. ¿Es decir que dejas la escuela? ¿Es decir que despues de haberme matado en enseñarte, en desasnarte, en ponerte en estado de ganar el pan, me dejas así... en las astas del toro, á la cabeza de ese enjambre de escarabajos menudos?... ¡ufame!

Elena que no habia tenido el menor pensamien-



to de abandonar la escuela, y que por el contrario venia á noticiar á su tia que seguiria ayudándola como siempre, solo habia querido poner á prueba el egoismo de aquella mujer insensible á todos los sentimientos humanos.

—Pero, madrina, respondió con cierto sarcasmo que nunca habia asomado hasta entonces á sus labios: ¿Y cómo quereis que abandone á mi pobre madre durante tantas horas?

—Vaya, que no faltará una buena vecina que vaya de cuando en cuando á dar una vuelta por la cabaña, y... ¡justamente!... ¡Las gaviotas, que todas parecen cortadas por un mismo molde! Lo que le sobrará á tu madre serán amigas y comadres que le hagan compañía... no tengas pena por su soledad, que otras se hallarán mas abandonadas que ella.

—¡Pero, madrina, si vos siendo su hermana no podriais soportar las simplezas de mi pobre madre, cómo creéis que las pescadoras querrán dejar todos los dias su obligacion para ir á cuidar á la miserable ciega!

La Soberana se mordió los labios y su rostro tomó un tinte violado de concentrada cólera.

—Pues yo te digo, que irán, añadió con despecho fijando sobre la pobre huérfana una mirada despreciativa; irán, porque tu madre ha tenido siempre mucho brazo con toda esa gente, y que "cada cual con su cada cual hacen un juego mas igual"... de todas maneras, tú no puedes dejarme así, porque me debes lo que nunca me pagarás, porque yo soy quien ha sacado tu tripa de mal año, y en fin... porque te necesito... ya te he dicho que á tu madre no faltará quien la cuide, pero si no quieres fiarte de las vecinas, ahí está el hospicio de Oviedo, donde están otras tan buenas como tu madre, y donde estará cuidada como cuerpo de rey merced á la recomendacion de mi señora la Mariscala. ¿No es verdad, Monseñor?

—¡El hospicio! exclamó Elena con una indignacion tan noble que hizo bajar los ojos á la mismísima Soberana. ¡Al hospicio! ¿Y sois vos la que os atreveis á proponerme que abandone á mi desgraciada madre á la caridad pública!.. ¡Ah!.. ¡no! nunca habeis sido su hermana! Vos no podeis tener hermanos en el mundo, señora!

Y temiendo la ira que empezaba á apoderarse de su ánimo, Elena salió precipitadamente de la casa, sin que por entonces pudiera pensar siquiera en el partido que habria de tomar para mantener á su madre; pero resuelta sí, á mendigar de puerta en puerta antes que encerrar á la infeliz anciana en un asilo de caridad.

La Soberana corrida de haberse dejado avergonzar por una chiquilla, nada menos que en presencia de Monseñor; roja de cólera y no encontrando con quien desahogar su despecho, apeló á la burla y prorumpió en una cínica carcajada, repitiendo con insultante compasion:

—¡Está loca!

El abate que con los brazos cruzados habia escuchado atentamente el diálogo de aquellas dos criaturas tan unidas por los lazos de la sangre y tan distintas sin embargo en su organizacion como

en su inteligencia, que habia experimentado al ver el dolor de Elena una de esas emociones que dejan huella en el alma para toda la vida y que habria volado tras la pobre pescadora arrastrado por un sentimiento poderoso y desconocido que llenaba desde aquel momento toda su existencia, se reclinó de nuevo en el camapé y exclamó fijando en Joaquina una mirada profunda y casi dolorosa:

—Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados! pero venid, Joaquina... es preciso que yo conozca mas á fondo la historia de esa pobre mujer á quien Dios ha enviado la mas triste de las dolencias humanas.

II.

SOLEDAD.

"Comme un lis penché par la pluie,
"Courbe ses rameaux eplonés,
"Si la main du seigneur vous plie,
"Baiser vótre tête et pleurez.

Lamartine.

Las palabras de Monseñor estaban dictadas con tan fria é imponente severidad, que la Soberana no atreviéndose á oponer la menor excusa, dió una vuelta por la escuela, encargó la direccion de las niñas á la mas medrada de ellas y entrando de nuevo en el comedor, se sentó familiarmente al lado del abate dispuesta á complacerle, pero aguardando con respeto á que aquel le dirigiese de nuevo la palabra.

—Empezad ya vuestra historia, dijo por fin Rodrigo despues de algunos momentos de silencio; y no temais cansarme con los detalles por minuciosos que querais hacerlos, pues tal vez con ellos logreis distraer mi imponderable mal humor. ¿Es posible que sea esa jóven la misma que regenta la escuela y que parecia siempre un huron escondida por los rincones?

—La misma, Monseñor... ¿Y qué diferencia encuentra hoy V. S. entre aquel huron y mi desvergonzada sobrina?

—¡Joaquina! ¡dijo con severidad el jóven ordenando; si quereis no perder en un solo dia todo el valimiento que habeis llegado á obtener con mi santa madre y con mi señora tia, guardaos de volver á emplear con esa desdichada jóven el duro lenguaje que os habeis permitido en mi presencia, y os lo repito, quiero que me refirais con todos sus pormenores la historia de Elena... aquella Elena que huía de las gentes, aquella muchacha que nos habeis pintado siempre como idiota, es la que yo reconozco por vuestra sobrina; por mas que en ella no haya nunca fijado los ojos; pues la que acabo de ver ahora humillada y escarnecida, la que ha recibido de Dios ese porte digno y magestuoso, ni es idiota ni puede ser la sobrina de que nos habeis hablado... Esta lleva en su fisonomía un sello de espiritualismo y de grandeza de alma que Dios solo imprime en ciertas criaturas privilegiadas!

La Soberana estaba aturdida y hasta se pasó la mano por la frente para cerciorarse de que no era

sueño lo que en aquel momento pasaba por su imaginación. ¡Monseñor! ¡su niño mimado, atreverse á reprenderla con la misma severidad que si fuese el ilustrísimo Sr. Obispo!— Monseñor ¡el partidario acérrimo del escándalo y la galantería, hablar con aquel respeto de una pobre huérfana de quince años! ¡Oh! ¡eso no podía dimanar mas que de una sola causa!

Joaquina conocía muy bien al jóven abate para comprender que la caridad sola no era suficiente para tamaño interés, y adivinando que Elena acababa de hacer en el corazón de Monseñor una impresión profunda, juró destruir en su raíz aquel sentimiento, aunque para ello hubiese de sacrificar la felicidad de todos los seres que la rodeaban.

Como si la aristocrática nobleza de los Condes de Santarua fuese para ella cuestión de vida ó muerte, la Soberana se propuso erigirse desde entonces en el argos mas vigilante, sin desprenderse por eso de su sobrina que era la que realmente llevaba todo el cargo de aquella penosa é ímproba tarea de la enseñanza pública.

Pero para conseguir su objeto, para llevar adelante una persecucion que seria liberalmente recompensada por la Señora Mariscala, era preciso ante todo no despertar la menor sospecha en el ánimo de Monseñor, sino por el contrario hacerle creer que su despego hacia Elena se habia trocado en un sentimiento de cariñosa compasion.

Por eso en lugar de dar rienda suelta á su lengua envidiosa y maldiciente, María Joaquina bajó los ojos, dejó asomar á sus párpados algunas lágrimas y se esforzó en persuadir á Monseñor, que aunque su genio naturalmente vivaracho la hacia excederse con su sobrina, porque parecia cortada para señora sin serlo, no por eso la amaba con menos ternura, y en prueba de ello iria en persona á suplicarla que volviese á la escuela á pesar de la brusca despedida que se habia atrevido á dirigirle.

Accediendo en seguida al deseo manifestado por Monseñor, que se empeñaba en conocer la historia de la pobre niña, la Soberana le refirió á su manera la orfandad de Elena, la proteccion que ella le habia dispensado siempre, y la continua lucha que tenia que sostener para destruir su peligroso sentimentalismo, que crecia mas y mas á medida que se desarrollaba su juventud, y que sumiéndola en una meditacion constante la hacia mirar con desden todas las ocupaciones materiales.

El abate que habia visto todos los dias á la muchacha sin haber fijado en ella su atencion, y achacado á verdadero idiotismo su absoluto silencio experimentaba con aquel relato una emocion particular, un vehemente deseo de acercarse á la ignorada y espiritual pescadora, esfinge que hasta entonces nadie habia acertado á descifrar ni comprender.

La Soberana que iluminada por la envidia habia adivinado perfectamente el súbito cambio que se efectuaba en aquel corazón frívolo, en aquella alma jóven y llena de tinieblas se apresuró á pintar al abate el amor de Pedro y Elena, con los colores mas cínicos; asegurándole que aquella niña tan

ensimismada y que apenas alzaba los ojos del suelo, sabia de memoria quienes eran los pescadores mas gallardos del Gremio de Candás.

El abate palideció; su alma aunque materialista y descreída, no podia figurarse la amalgama del sentimentalismo platónico con la materia; amalgama repugnante que venia á herir en lo mas vivo el sentimiento purísimo que acababa de inocularse en su alma.

(Se continuará.)

CONSEJOS A UN ZASCANDIL.

Cuentan que un politicon
á cierto *quidam* un dia
esplicaba esta leccion,
si bien por tema ponía
"no hay regla sin excepcion."

—Me pides, Fabio, un consejo
para subir y medrar,
y yo á fuer de perro viejo
te lo doy; pero te dejo
en disposicion de obrar.

Aunque tu estrella raquítica
te hizo nacer pobre y tonto,
no hagas caso de la crítica;
salte á lidiar pronto, pronto,
al campo de la política.

Hoy á lanzarse se atreve
quien brioso se contempla;
el camino es ancho y breve
y no hay ya ni un arma aleve
siendo astuto el que las templa.

Cuando á la senda se atina
nadie torna desairado;
la política es ladina
y el patriotismo una mina
que muchos han explotado.

Ellos á la patria invocan;
la proclaman, la defienden;
los puntos extremos tocan
y cuando ya no se entienden
serios conflictos provocan.

Mas no te arredre á fé mia
tal cosa, de cualquier modo
el interés sea tu guia;
tén, si puedes, ante todo
desvergüenza y osadía.

Para engordar y crecer
yo diré lo que has de hacer:
tendrás lo primero á mengua
no mover mucho la lengua
cuando la puedas mover.

Entre los sistemas varios
que se ensayan, ¡vive Dios
que los hay estafalarios!..
No hay ninguno como los
sistemas *charlamentarios*.

Charla, pues, de todos modos;
así el ingenio resalta,
y así se convence á todos;
sobra será, nunca falta,
el que charles por los codos.

Para mostrar tu razon
harás fuerte oposicion
al que ocupare el poder,
y si él te llega á temer
ya has encontrado el *filon*.

Sé terco y entrometido;
encómiate cuanto puedas;
cede, si sacas partido;
si nó lo sacas, no cedas,
y vive muy prevenido.

Si en el puesto en donde estás
hay alguno que te estorba
para dar un salto mas,
con intencion siempre torva
tírale y déjalo atrás.

Ten altas aspiraciones
y examina con sosiego
la marcha de otros varones,
en eso que llaman juego
de leyes é instituciones.

Piensa, si ya no has pensado
en ello, que es gran ludibrio,
el que un hombre desdichado
llegue á perder su equilibrio
despues de haberle guardado.

Si vienen revoluciones,
y en pos de ellas las reacciones,
y el cataclismo despues,
haz con cuatro evoluciones
que siempre caigas de pies.

En fin, si cauto trabajas;
si eres mañoso y prudente,
si juegas con dos barajas
y subes y nunca bajas,
te harás un hombre *eminente*.

Crear *atmósfera* hoy dia
suelen muchos á porfia,
y en la ruidosa pelea
la atmósfera que se crea
está de razon vacia.

Nunca en ella se concentra
de patriotismo un residuo,
el bien público no entra
en ella; si algo se encuentra
es el bien del individuo.

Por la propia bienandanza
todo el mundo está dispuesto
á lidiar con gran pujanza,
viendo siempre en lontananza

las glorias del presupuesto.

En partidos y fracciones
ya la gente se divide
y surgen *ilustraciones*,
y este pide y aquel pide
si bien con diversos sonos.

Principian unos atentos
á observar los elementos
del público bienestar,
y acaban por observar
por donde corren los vientos.

Otros en estilo vario,
agotando el diccionario
de la lisonja, su bien
encuentran diciendo *amen*
y agitando el incensario.

Otros, no sé si peores,
quieren que el diablo ande suelto,
recordando previsores
aquello de "á rio revuelto
ganancia de pescadores."

Este sus actos pregona,
toca un soberbio registro,
y mas listo que Cardona
viene á dar en la poltrona
dorada de algun ministro.

Aquel suele hacer el bú
con glorias que no ganó,
y hecho nn bizarro Mambrú
llega y grita:— Vete tú
que voy á ponerme yo.

La gente, pues, con exceso
se afana, grita y se mueve,
por que al fin, yo lo confieso,
esté siglo diez y nueve
es el siglo del progreso.

Si necio y estafalario
no te avienes con sus mañas
y con su espíritu vario,
¡ay Fabio de mis entrañas!
vivirás *estacionario*.

Te tendrán por majadero,
enemigo de las luces;
serás... á la izquierda un cero,
y nunca tendrás dinero,
bordados, cintas ni cruces.

Nadie escribirá tu historia,
y al grabar tu oscuro nombre
en tu losa mortuoria,
pondrán solo á tu memoria:
"aquí yace un pobre hombre."

Esto un gran politicon
á un zascandil dijo un dia,
mas luego, por conclusion,
recopilando añadía
"no hay regla sin excepcion".

MAXIMINO CARRILLO DE ALBOENOS.

ROMANCES.

Á LA SALIDA
DE LAS NAVES DE COLON
DEL
PUERTO DE PALOS.

Zarpó la Flota atrevida
Y se vieron á lo lejos
Volar con alas de lino
Los tres bajeles lijeros.

Romance 4º

ROMANCE PRIMERO.

Despues de rodar Colon
Por los claustros y las aulas,
Y escuchar sendos delirios
De doctos de Salamanca:
Se tornó, no satisfecho,
Aunque sin lesion el alma,
Y abandonó las capuchas,
Las cogullas y hopalandas:
Presenció despues la toma
De la morisca Granada,
Y vió al rey Boabdil rendido
Del rey Fernando á las plantas:
En el cámino de Armilla
En su hacanea enjaczada,
Vió á la reina placétera
Que celebraba la España:
Y vió airosos caballeros
Que sus potros embridaban,
Con armaduras lucientes
Y con celadas de plata.
Vió á Gonzalo y á Pulgar
Luciendo sus ricas armas,
Y en sus poderosas diestras
Pesadas y fuertes lanzas:
Vió á Tendilla que animoso
Señoreaba la Alhambra,
Y la insignia de Castilla
Que en Comares flameaba:
Y vió tercios aguerridos
De españoles que ostentaban,
En sus pechos corazones
Que por jamás se amenguaran:
Y trasponer por la sierra
La morisma acelerada,
Y á Musa que despechado
De aquella escena se aparta.
Presenció las fiestas todas,
La alegría y la algazara
Con que celebró el cristiano
El triunfo que ambicionaba:
Sonaron aclamaciones
Que repetian las auras,
Que con hechos tan gloriosos

Todos los pechos se exaltan:
Solo Colon taciturno
En su suerte se fijaba,
Y el nuevo mundo en que sueña
Es el que eleva su alma.
Abandonado, oprimido,
Con sus émulos batalla,
Y con aspecto humildoso
Entre la grandeza vaga.
Conferencias, dilaciones,
Inútiles actos halla,
Las ostentosas ofertas
Convertidas en palabras:
Hasta que al fin pesaroso
Y entre mil mortales ansias,
Resolvió dejar el suelo
Que en su daño se mostraba:
Y cabalgado en su mula
Repetió: "triste esperanza,
Tú me dejas, y te dejo
Volviéndote las espaldas:"
Por entre riscos camina,
Y á otra mansion y á otra patria
A ofrecer corre sus dones
Lejos de la infiel Granada.

ROMANCE SEGUNDO.

Partir vieron á Colon
Sus adictos con tristeza,
Que el bien se aprecia tan solo
Cuando se pierde ó se aleja:
Santangel, aragonés
Y receptor de las rentas,
Con Quintanilla se une
Y á la reina se presentan:
El caso le refirieron,
Y muy grave se lo muestran
Para la gloria de Dios,
Y exaltacion de su Iglesia;
"¿Cómo mirareis, señora,
(Decian con reverencia)
Este grandioso suceso
Si otro se lleva la prenda?"
Le suplicaron rendidos
Inclinando su grandeza
Hácia un bien que es bien de todos,
Que no hay igual en la tierra:
Iluminó el santo cielo
A la esclarecida reina,
Y declaró conmovida
Que se adheria á la empresa:
Salió al punto un mensajero
Que á Colon llevó la nueva,
Y aunque dudó receloso,
A Santa Fé dió la vuelta,
Donde en brazos de la dicha
Se prosternó ante Isabela,
Que lo recibió bondosa,
Afable, dulce, halagüeña;
Ofreciéndole su amparo
Sus joyas y sus preseas.
Fernando, aunque cauteloso,

Se unió en grata complacencia,
Y á Colon tendió su mano
De su asentimiento en prueba.

ROMANCE TERCERO.

Al lucir la bella aurora
Entre las flores de Mayo,
Colon emprendió gozoso
Su espedicion para Palos.
Cantaban las avecillas
En los deliciosos campos
De la bella Andalucía,
Que iba ufano atravesando
Con su mula diligente,
Sus gregüescos y su sayo,
Con su pluma en el birrete
Y capotillo leonado:
Por do quiera que pasaba
Le brindaban agasajos,
Y repetidas señales
De reverencia y acato;
Mas como la infausta suerte
Siempre respira turbando
El contento y la ventura,
Le ofreció nuevos quebrantos:
Pues su proyecto espantaba
A aquellos pechos incautos
Que en estrecha cárcel viven
De sus costumbres menguados.
A la Rábida llegó,
Do gozó el primer amparo,
Y en los brazos de Marchena
Reposó de su quebranto:
Mostró el rescripto famoso,
Que con áulico aparato
En la iglesia de San Jorge
Se publicó con gran fausto,
Admitiendo sus ofertas
Y los bajeles mandando
Aprontar para la empresa
Que admiten los soberanos.
En diversos pareceres
Fué el suceso contemplado;
Los unos se contristaban
Funesta opinion mostrando;
Los otros tristes anuncios
Ofrecian y cuidados.
Colon en tanto afanoso,
Prudente, fiel, recatado,
Con su esfuerzo manténia
Su dignidad y su rango:
Cual águila vagarosa
Se consideraba ufano,
Encumbrado en la eminencia
De su espíritu alentado:
Por su fé se enardecia,
Y en su corazon cristiano
Hallaba toda su dicha,
Su galardón anhelado.

ROMANCE CUARTO.

Con segura confianza,
 Aunque entre angustias y duelos,
 Mantenia Colon ufano
 De su proyecto el misterio:
 No le arredraban los mares
 Desconocidos ó yertos,
 Ni de las horribles hiadas
 El mentido y falso aspecto;
 Ni del huracan terrible
 El soplo adusto y soberbio,
 Que el corazon animoso
 Firme se ostenta en el pecho.
 Delfines, bellas sirenas,
 Reflejaban á lo lejos,
 Y de los dioses marinos
 El mas cumplido cortejo.
 El gran Kahan y sus tesoros,
 Manquí, Cathay, en su seno
 Con auríferas regiones
 Esclarecian su ingenio.
 La fé cristiana triunfante
 Y su divinal asiento,
 En su corazon ardiente
 Establecieron su imperio.
 Todo á Dios lo confiaba,
 Y su mas justo deseo
 Se encerraba en el rescate
 Del santo sepulcro excelso.
 Premi6 el Señor su constancia,
 Y sus émulos venciendo,
 Inspir6 á los mareantes
 Gala de aquel hemisferio.
 Los tres hermanos Pinzones
 Se unieron á sus proyectos,
 Y aquella union fué seguida
 De animacion para el pueblo.
 Tres brillantes carabelas
 Aprontaron de concierto
 Los tres famosos hermanos,
 Dificultades venciendo.
 Colon en Santa María
 Elev6 su enseña al viento,
 Y en la Pinta y en la Niña
 Los tres Pinzones subieron.
 Retumbaron las bombardas
 Y el mar se mostr6 sereno
 Al llevar al nuevo mundo
 A aquellos náutas alteros.
 Mil vivas y aclamaciones
 Resonaban de concierto,
 Disipando los disturbios,

Afanos y desconsuelos.
 Zarp6 la Flota atrevida
 Y se vieron á lo lejos
 Volar con alas de lino
 Los tres bajeles lijeros.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

Juan Velasco.

Juan Velasco es un buen mozo
 tan bien acondicionado,
 que como no se lo digan
 no sabe lo que es el asco.
 Lo que Juan Palomo guise
 le parece bien guisado;
 y no encuentra una pitanza
 á que dar el visto-malo.
 Él contempla la cocina
 como el Escorial los sabios,
 y cuando á comer se pone
 no sabe cómo dejarlo.
 Lo mismo traga lentejas
 que las pechugas de pavo;
 y lo mismo le parece
 lo soso que lo salado.
 Si va por casa de *Lhardi*
 mira las *muestras* con pasmo;
 y al lado de los cuarteles
 le encanta el olor del rancho.
 Cuando quiere ir á paseo
 no va al Retiro, ni al Prado;
 que se marcha á las plazuelas
 á contemplar los abastos.
 Cuando con caldo le brindan
 dice que no quiere caldo,
 por ver si le dan tres tazas
 como aconseja el adagio.
 Sus amigos son fondistas
 ú otras gentes de igual ramo,
 su novia una tocinera
 que le tiene *atocinado*.
 Ella en verdad es un monstruo
 horrible, antidiluviano,
 pero él con sus tragaderas
 juzga que es un buen bocado.
 Dúdase que la tal moza
 se peine una vez al año,
 pero á Juan le importa un bledo
 porque él nunca se ha peinado.
 Si es que las manos se lavan

deben limpiarse las manos,
 segun las tienen de negras,
 como se limpia el calzado.
 Sus vestidos, por lo rotos,
 son buenos para el verano;
 y, sin hablar una jota,
 van diciendo: "atrás que mancho."
 Pero él y ella se entusiasman
 y se miran sin reparos,
 Juan Velasco, sobre todo,
 nunca la llega á hacer ascos.
 Ni los hace al ver su casa
 donde pasean los sapos
 con igual desenvoltura
 que si pagaran el cuarto.
 Ni cuando vá por las calles
 le incomoda ver el fango,
 ni en la plaza de los toros
 ver destripar los caballos.
 Y si Juan, sobre este punto,
 es de estómago bien ancho,
 sobre alimentos morales
 tampoco gasta cuidados.
 Nunca tuvo su conciencia
 ni una aduana, ni un portazgo;
 él admite cualquier género
 salga pez ó renacuajo.
 No mira en punto á palabras
 si están en el diccionario;
 escucha las que le dicen,
 suelta las que tiene á mano.
 Se trata con los tunantes
 y con los hombres honrados;
 habla bien algunas veces,
 y otras murmura á destajo.
 No distingue á punto fijo
 la accion buena del pecado;
 ni sus ideas son fijas,
 ni entiende él mismo sus actos.
 Si él fuese fiscal de imprenta
 no hallaría un libro malo;
 y si fuese juez, la cárcel
 no tendría un presidario.
 Porque para el Juan del cuento,
 no hay nada en el mundo malo,
 Velasco no es asqueroso
 y traga dulces y cantos.
 Pero nosotros, lectores,
 que somos mas delicados,
 diremos que es intragable
 el trucha de Juan Velasco.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

REVISTA DE LA HABANA.

Semana Santa.—*Stabat Mater*.—*Aleluya*.—*Otro carnaval*.—*Apertura del restaurant del Louvre y del hotel del Niágara*.—*La luna tropical*.—*Procesiones de Resurrección*.—*Casamientos*.—*Una custo-*

dia.—*Sorteo entre los pobres*.—*Inauguración del Teatro de la Avellaneda*.—*El Lamento del poeta*.—*La condesa Vernay y Arturo Napoleon*.—*Guán-gara tropical*.—*juguete zarzuelesco cubano*.—*Otra compañía de ópera italiana*.—*Noticias literarias*.—*Lucha de fieras*.—*Corridos de toros*.—*Muerte de la madre de Amalia Ramirez*.—*Donativos pa-*

tríoticos.—Animacion de la Habana.—Gran sa-
rao.—Descripcion de trages.

La Habana ha conmemorado con recogimiento religioso los misterios de la Semana Santa, época solemne del cristianismo, que nos recuerda la sagrada Pasion de Jesucristo y que en todos los pueblos católicos se celebra con pompa fúnebre, con tristes ceremonias. El pueblo habanero entregado á las prácticas de la religion ha llenado todos nuestros templos, transitando por los ámbitos de la ciudad con decoro y moderacion. Durante el Jueves y Viernes Santo la capital de la isla de Cuba presenta un aspecto extraño y extraordinario. Un silencio profundo sucede al ruido incesante de esta ciudad mercantil, que aturde á los vecinos de las principales calles. En estos dias la Habana parece una capital europea. Las habaneras, que durante el resto del año no pasean sino en coche y en quitrin, estos dias pasean y se dirigen á las iglesias á pié, porque los carruajes no transitan por las calles desde las diez de la mañana del Jueves Santo hasta el toque de Aleluya. El Capitan General, la real Audiencia, el ilustre Ayuntamiento, todas las corporaciones, todos los oficiales de ejército y marina, asistieron á los Oficios de la Sta. Iglesia Catedral, oficiando de pontifical el Illmo. Sr. Obispo diocesano. El Capitan General seguido de un lucido estado máyor visitó los Sagrarios, como tambien la tropa de la guarnicion y las tripulaciones de los buques de guerra con la correspondiente oficialidad. La procesion del Santo Entierro se verificó con asistencia del clero presidido por el Sr. Doctoral que vestia capa pluvial, y del Ayuntamiento presidido por el Gobernador político. Ceraban el cortejo varios piquetes de infantería y caballería, un batallon de la milicia voluntaria y el batallon de bomberos. Iban en la procesion varios lindos niños vestidos de ángeles. «¡Bello y tierno espectáculo ciertamente, (dice un escritor) el de la inocencia y la pureza al lado de la Magestad! Ningun acompañamiento mas propio de la Divinidad, que un coro de ángeles representado por niños.» La poética y privilegiada imaginacion de Chateaubriand veria en cada una de estas criaturas de rubia y rizada cabellera un Genio del Cristianismo.

La noche del Martes Santo se cantó en la casa del Sr. Morejon, entendido filarmónico que se esfuerza por los progresos de la música entre nosotros, el *Stabat Mater* de salon, compuesto por el profesor Sr. Trespuentes, ventajosamente conocido en la Habana, para tres voces con acompañamiento de doble cuarteto y flauta. Tomaron parte en el *Stabat Mater* las distinguidas aficionadas señoritas doña Matilde Bermejo y doña Francisca Leon, cuyo talento artístico ha sido justamente aplaudido en nuestros salones de buen tono. Segun los inteligentes, en el *Stabat Mater* del Sr. Trespuentes resplandecen gusto puro, correccion clásica, y grande inteligencia en el manejo y la combinacion de las voces. En el intermedio de la primera á la segun-

da parte, el poeta Enrique Zafra, autor del drama *El Hombre negro ó el carnaval de Sevilla*, leyó con buena entonacion una poesia religiosa cuyo asunto era: «La sublime angustia de la Madre Dolorosa.»

El Sr. Morejon, cuya casa se ha convertido en centro filarmónico, merece un voto de gracias de los que aman el arte de la armonía, por el interés con que quiere propagar en la Habana el gusto por la música que ya está bastante generalizada entre las habaneras, pues todas las familias medianamente acomodadas tienen piano, y la ópera italiana está siempre muy favorecida.

Pero ya pasó la época solemne de las festividades religiosas como todo pasa en el mundo. El cántico alegre de la *Aleluya*, el estampido del cañon, el bullicioso clamor de las campanas, el ruido de los coches y carretones, las campanillas agitadas por los niños y la confusa algazara que se desprendia de todos los ámbitos de la poblacion, anunciaron la resurreccion gloriosa del Crucificado; y la Habana, saliendo de su recogimiento religioso, se entregó otra vez á la agitacion de la vida, y los negocios interrumpidos un momento, volvieron á seguir su curso natural y todo volvió á su estado normal. Afortunadamente este año no hemos tenido que lamentar ninguna desgracia en la alegre hora de la bulliciosa *Aleluya*, porque cumpliéndose lo mandado por la previsora autoridad, no hubo cohetes ni disparos de ninguna clase.

Pasó la Semana Santa y la Habana recobró su anterior animacion. El soplo de la cuaresma que habia apagado las arañas de los bailes de máscaras y encendido las lámparas de las iglesias, ha sido reemplazado hasta el año que viene por el soplo inflamable del carnaval que ha encendido otra vez los candelabros de los salones de bailes. El dios de la burla, de la sátira y de las agudezas nos ensordece otra vez con el ruido de sus campanillas y cascabeles. Consecuente con sus principios, firme en su propósito, nos llama otra vez para enseñarnos de nuevo á ridiculizar y zaherir. Y la Habana ha sido dócil á este llamamiento, porque durante los tres dias de Pascua de Resurreccion hemos tenido otro carnaval, tan animado, tan alegre, tan bullicioso como el anterior, aunque no se han construido esta vez afuera de la ciudad, en las inmediaciones del gran teatro, las barracas de lienzo alumbradas con farolillos de colores. En las tres noches de Pascua ha habido tres bailes en el gran teatro, tres en los elegantes salones del Louvre, tres en los altos del Café de Escauriza, dos en la sociedad del Pilar, uno en la sociedad de Regla, dos en el teatro de Marianao y dos de convite en el Liceo. Total diez y seis bailes de máscaras en tres dias.

Una comparsa de gallegos con su correspondiente muñeira, otra alegre comparsa de negritos que

imitaban los cantos y los bailes de los esclavos de esta isla, otra lucida comparsa de *toreros* con banderillas y trages apropiados, otra comparsa de *estudiantantes* precedida de una excelente música, y dos comparsas de *acróbatas* aficionados precedidos de dos bandas de músicas, recorrieron las principales calles de la Habana luciendo vistosas farolas.—El baile que estuvo mas animado fué el del *Louvre* cuyos balcones llamaban la atencion por su brillante iluminacion. Los salones de este precioso edificio son espléndidos y espaciosos. Las paredes blancas como el mármol bruñido están adornadas con grandes espejos de marcos dorados, encima de los cuales producen lindo efecto flotantes pabellones de gasa azul amorosamente enlazados en los candelabros de gas. En el salon principal se ostenta una araña magnífica y en los ángulos bonitos jarrones blancos con ramos verdes y flores variadas. Los gabinetes están decorados con lujo, elegancia y buen gusto.

En la noche del Domingo de Resurreccion se abrió al público al son de una excelente música que tocó la "Polka del general Prim," el magnífico *restaurant del Louvre* situado en el piso bajo del edificio del mismo nombre donde se verifican los bailes. Mágico es el golpe de vista que presenta por la noche este *restaurant* con su espléndida iluminacion, sus bonitas persianas, sus vidrieras de colores, sus mesas de mármol y sus elegantes espejos.

Tambien se inauguró al son de música la apertura del *hotel del Niágara*, inmediato al paradero general del ferro-carril. Las distinguidas personas convidadas á la apertura fueron obsequiadas con esquisitos helados y una succulenta cena.

La luna tropical, bellísima, espléndida, radiante, llena de encanto y misteriosa poesía, alumbraba con vivísima claridad, á la alborozada Habana en los días de Pascua, y comunicaba nueva animacion á la alegría general.

En la mañana del domingo de Pascua tuvo lugar la procesion de Resurreccion que salió de la Catedral llevando el Santísimo Sacramento el obispo de la Habana. Luego se verificó la ceremonia del encuentro del Resucitado con la Virgen y la Magdalena que salieron de S. Juan de Dios. Tambien el mismo día tuvo lugar la procesion de Resurreccion, que con mucho lucimiento salió de la iglesia del Espíritu-Santo recorriendo la carrera de costumbre. Lindas y elegantes jóvenes se veian en los balcones y ventanas de las calles que atravesó la procesion.

Han recibido la bendicion nupcial el Sr. D. Julian Alfonso y la Srta. D.^a Dolores René y Güell; la Srta. D.^a María del Pilar Muñoz Romay y el Sr. D. Francisco Giustiniani Chacon; la Srta. D.^a Rita Luque Romero Hernandez y el escritor español D. Juan de Ariza, secretario del Real Tribunal mayor de cuentas de esta Isla, autor de *Antonio de*

Leiva, de los *Dos Reyes* y de *D. Juan de Austria*.

La Sra. D.^a Serafina Montalvo, de gentil belleza, esposa del presunto conde de Fernandina, ha regalado una valiosa custodia de plata á la iglesia del pueblo de Güines. La custodia tiene 33 pulgadas de alto. El viril es dorado y se halla rodeado de dos lindos vástagos de via que arrancando de una imágen de la Santísima Virgen con su Hijo Divino en los brazos, se unen en la parte superior de la custodia y terminan en unas bonitas espigas de plata. A un lado y otro de los vástagos entre los que se divisan racimos de uvas, hay un ángel en actitud de adorar la Divina Magestad, descubriéndose en la parte superior la imágen del Padre Eterno y la del Espíritu Santo.

El Domingo de Pascua de Resurreccion á las once de la mañana se celebró en el edificio de la bolsa, el sorteo de la cantidad de 3,060 duros que se distribuyó entre los pobres admitidos á tomar parte en dicho sorteo.

El 9 del actual ha debido inaugurarse en la villa de Cienfuegos el *Teatro de la Avellaneda* recientemente construido. Esa noche se pondria en escena un drama de la autora de *Baltasar* espresamente escrito para el estreno del nuevo teatro que lleva su nombre. La insigne poetisa partió hace días á la villa de Cienfuegos para honrar la inauguracion, á la que han sido invitados nuestros mas distinguidos literatos.

La plainte du Poete, (El lamento del Poeta), es el título de la composicion musical que ha dado á luz el distinguido pianista habanero Nicolás Espadero. El eminente pianista anglo-americano Gottschalk, que aun permanece entre nosotros, dice que "El lamento del Poeta" es un pequeño poema musical, una de las mas bellas composiciones escritas para piano, y digna de la pluma de Chopin.—Gottschalk publicará en breve el juicio crítico de esta obra.

La condesa de Vernay, notable violinista y el niño pianista Arturo Napoleon, han dado en el Liceo su concierto de despedida. Ambos artistas han recibido de la sociedad habanera marcadas muestras de aprobacion.—Han partido con direccion á Puerto-Rico.

La compañía de zarzuela en los días anteriores á la Semana Santa ha puesto en escena con gran lujo la *Catalina*, que atrajo crecida concurrencia.—En el beneficio de Grau se puso en escena por primera vez un juguete zarzuelesco cubano titulado *Guángara tropical*. Esta pieza es un cuadro de costumbres, un alegre cuadro de las escenas populares que ofrece una fiesta en nuestros campos.—Reunidos en una taberna de campo un catalán, una mulata y varios *guajiros* ó campesinos cubanos, celebran la toma de Tetuan con guitarras,

canto y zapateo cubano.—La señorita Ramirez encargada del papel de la mulata, desempeñó, imitándolo fielmente, con mucha naturalidad, el tipo que caracterizaba. El público no podía exigir mas.—Esa noche Amalia Ramirez nos reveló una vez mas que es una artista distinguida. Es preciso conocer á la mulata cubana que parece haber sido formada con un rayo de nuestro sol abrasador, es preciso haber visto nuestras fiestas de campo, fiestas tan *sui generis*, para poder apreciar en todos sus quilates el valor del mérito de la señorita Ramirez en la imitacion del tipo de la mulata, salerosa y despejada como la andaluza. El público aplaudió estrepitosamente á la simpática Amalia.—El juguete zarzuelesco cubano *Guámgara tropical*, ha sido prohibido porque es muy *picante*. Bien hecho.

La empresa del gran teatro aprovechando la reunion en la Habana de algunos artistas líricos, ha formado una compañía de ópera italiana de segundo orden. El público habanero acudirá al gran teatro á pesar de haber aplaudido durante cuatro meses á la compañía de ópera italiana de primer orden que nos ha abandonado para volver el próximo invierno, y decimos que acudirá al gran teatro porque la ópera es el espectáculo favorito de la Habana, y si tuviéramos funciones líricas todo el año, estamos seguros que nuestro hermoso coliseo se veria siempre concurrido.—Con motivo de trabajar estos nuevos artistas en el gran teatro, la compañía de zarzuela funciona en el coliseo de la Puerta de Colon.

—Se vá á publicar en esta ciudad un periódico redactado en inglés titulado *Cuban Messenger*, consagrado á asuntos mercantiles.

—La laureada poetisa, Gertrudis Gomez de Avellaneda ha empezado á publicar en el "Diario de la Marina" la novela *Dolores, páginas de una crónica de familia*.

—Ha visto la luz la *Terminología farmacéutica*. Es la primera obra de Farmacia que se publica en la Habana. Su autor es el Sr. Melero.

—Se ha puesto en escena; un drama *belicoso* en tres actos y en verso que se titula *La Toma de Tetuan*. Es un drama de circunstancia, lo cual quiere decir lo que el lector inteligente debe comprender. Aparecen en escena O-Donell, Prim, &c. &c.

En breve tendrá lugar en la plaza de toros una lucha entre un tigre y varios perros. El dueño de los perros ha apostado á favor de sus combatientes cien onzas de oro.—Ese dia podremos decir con razon que hemos retrogradado hasta los tiempos en que en el circo romano se celebraba el juego de la *montería*, juego horrible en que reñian unas fieras con otras.

El Domingo y Lunes de Pascua de Resurreccion se han verificado en la plaza de Belascoain, dos corridas de toros.... ¡Hasta cuándo hemos de tolerar esta bárbara costumbre! este espectáculo sangriento y cruel... ¡El pueblo español presencia

arrebatado de entusiasmo esa horrible carnicería y se llama católico, y se dice amante de la civilizacion...?

Ha dejado de existir, el miércoles santo, víctima de la fiebre amarilla, terrible enfermedad endémica en nuestro pais, la señora doña Ana Sanchez del Campo, madre de la simpática artista española señorita doña Amalia Ramirez. Esta desgracia ha afectado tan vivamente la organizacion de la pobre Amalia que sufre aun un trastorno mental.—Se cree generalmente que esta aplaudida artista romperá su contrata y regresará á su querida España. Muchas son las muestras de deferencia que la virtuosa huérfana ha recibido durante estos dias de sus numerosos y distinguidos amigos.

Los donativos patrióticos para los fondos de la guerra de España contra Marruecos, asciende ya próximamente á la considerable suma de 950,000 duros.

La Habana continúa animada. Tenemos zarzuela, ópera italiana, bailes de máscaras, recepciones en el palacio de la capitanía general, funciones en el Liceo, corridas de toros, exhibicion de figuras de cera y de movimiento, exhibicion de fieras y cuatro panoramas que ofrecen las vistas de los combates entre españoles y marroquíes. Pronto cesarán todas estas diversiones, pronto las familias acomodadas se retirarán á los pueblos de temporada, porque ya empezamos á respirar una atmósfera abrasadora y sofocante.

En los salones del palacio de la Capitanía General se ha verificado un gran sarao, brillante, suntuoso, para celebrar un hecho glorioso de las armas españolas: la toma de Tetuan.—La escalera tapizada de color de grana, adornada con jarras de flores en cada escalon y con estatuas y espejos en los tramos de descanso, alumbrada á *giorno*, era un reflejo deslumbrador de los salones del palacio decorados espléndidamente, con régia pompa, con lujo extraordinario, radiantes de luz, de perfumes y de belleza. Para bosquejar tanto encanto, tanta magia, tanta hermosura, seria preciso escribir con el estilo de las leyendas árabes.—A las diez se rompió el baile con el rigodon oficial en el que figuraron seis parejas: el capitan general Serrano con la esposa del general de Marina, *vis á vis*, el Exemo. general de Marina con la condesa de S. Antonio, esposa del general Serrano. Las parejas de los costados la componia el Exemo. señor general Planas con la señorita de Villuenda; el brigadier gobernador político Lopez de Letona con la marquesa de Villalba; el señor secretario del gobierno superior civil Mantilla con la esposa del Sr. Vallin, y el marqués de Villalba con la señorita de Leon.—A la una se abrió el espléndido salon del ambigú.—La hermosa condesa de San Antonio vestia trage de tul blanco de doble falda salpicado de plata. Corona azul sosteniendo un velo de tul.

la emperatriz. En el cuello doce vueltas de perlas.

La señora de Fernandez Vallin, lucia un vestido remitido de París por la principal modista de aquella ciudad é igual á otro que se hizo para la princesa de Lamballe. Este rico traje era de gró *excelsior* color lila, con unas quilles chinés, diadema y collar de ópalos y brillantes.

Y puesto que escribo para *La Moda*, precioso y elegante periódico que está de moda entre las habaneras, copio en seguida, porque se adapta al carácter de esta publicacion, la descripción de los trajes mas notables que presentaron nuestras damas en el gran salon de palacio, descripción que hace un gacettillero habanero.

Sra. Marquesa de la Real Proclamacion: vestido de puntas maline blancas con una doble falda de tul azul, cojida á la derecha con dos preciosos ramos de rosas azules y brillantes, los cuales se repetian en el pecho y en los hombros; el peinado era de lo mas lindo y original que hemos visto; pues por detrás éra de flores tambien azules, entrelazadas con perlas hermosísimas, partiendo en derredor un trenzado de gró azul que venia á rematar en el centro, y por delante en un pájaro de brillantes. Pero lo que mas llamó la atención fué un suntuoso brazalete de brillantes formando una rosa de muchas hojas, cuyo trabajo artístico es de un mérito extraordinario.

Sra. Martin de Morales: vestido de tul rosado con bullones sobre un fondo de gró del mismo color, con una sobrefalda abierta por delante de riquísima blonda, sostenida por cuatro ramilletes de rosas con hojas verdes. En la cabeza una hermosa corona tambien de rosas interrumpida en el centro con un precioso ramo de ópalos y brillantes. Lucia tambien un rico collar de perlas finas montadas al aire.

La Sra. cuñada del Cónsul inglés vestía un precioso traje verde de tres vuelos y flores; su hija vestia un traje de tarlatana blanco con estampado verde, y corona de flores á la cabeza.

La condesita de Monte-alto vestia un traje pajizo de bullones con pensamientos en la falda y corona de flores en la cabeza.

La Sra. Molina de Villacampa un traje de seda chiné con adornos de glasé picado rosa, verde y azul y una corona de flores en la cabeza.

La hermana del Sr. Marqués de Aguas-Claras, vestia un traje pajizo con encages blancos, con buenas prendas, y flores en la cabeza. Sus dos hijas vestian trajes de tul blanco de dos faldas, recogidas con cuatro ramos de flores, con flores en la cabeza y pecho.

La señorita Calleja vestia un elegante traje blanco con tres faldas de punto; sobre su lindo cuello lucia un hermoso collar de perlas, y en la cabeza un adorno de flores de mucho gusto.

La Sra. Brodet de Sedano, de belleza gentil, lucia un elegante vestido de gasa azul con fondo de gró del mismo color, con un adorno de lo mismo on una pluma blanca.

Señora Arángo de Morales, vestido de tul blanco bordado de seda floja sobre fondo azul celeste con

quilles azules. En la cabeza un peinado de terciopelo azul y blanco con varios clavos de brillantes; el alfiler y los brazaletes eran de la misma pedrería.

La señora Sarró de Guerrero, vestia un traje de moaré blanco de dos faldas, formando la primera cuatro ondas grandes con bullones de tul adornados con cintas y lazos color malva, y en los cuatro recogidos, cuatro lazos grandes pendientes de la cintura; un ramo de flores blancas con pensamientos en el pecho, perlas en el peinado y dos ramos en la cabeza iguales al del pecho, con caidas de yerbas blancas, y collar, pulseras y alfiler todo de oro y brillantes.

Las señoritas de Orozco, vestian una falda blanca de bullones de granadina, y encima otra mas corta de glasé rosado con coronas de rosas.

La señora de Espelius vestia un traje azul con encajes blancos, y flores en la cabeza con algunos brillantes.

Las señoritas de id. vestidos de gasa pajizos, con tres faldas adornadas con pensamientos y coronas de lo mismo.

Señoritas Velasco, vestido de punto blanco con bullones salpicado de coronitas de hojas verdes con oro. En la cabeza un peinado de hojas de terciopelo verde con cuentas de oro.

Señorita Bachiller y Morales, vestido de gró blanco con muchos vuelitos picados, con quilles de flores á los lados: en el prendido un adorno análogo, y en la cabeza una corona de rosas grandes.

La señorita Cuesta traje de punto blanco con fondo de gró del mismo color. De la cintura descendian por ambos lados tres guirnaldas de flores que se perdian en la doble falda. En el pecho un magnífico alfiler de brillantes. El peinado á la emperatriz, con dos lindísimas rosas de brillantes á cada lado. Por detrás adorno de rosas iguales á las de la falda con caidas á la espalda.

Señorita Ramirez (Doña Concepcion) vestido moaré blanco salpicado de rosas estampadas en la misma tela; doble falda de punto con lista de oro cojida con dos preciosos ramos de rosas á los lados; guirnalda de flores punzó á lo María Luisa; en los hombros una rosa del mismo color, y en la cabeza una corona morisca de rosas grandes.

Señorita Ramirez (Doña Luisa) vestido moaré *antique* celeste, doble falda de punto, con listas de oro y cogidos de flores blancas ligeramente matizados de rosa. Al rededor del escote un plegado de tul con florecitas, y en la cabeza una corona de rosas blancas y encarnadas.

Señorita Rodriguez (Doña Concepcion) vestido de moré *antique* blanco con listas anchas rosadas. Sobre falda de punto con cogidos de ramos de rosas todo al rededor; en el pecho una pequeña corona de rosas de miniatura con una grande en el centro. En la cabeza un adorno de rosas grandes entrelazadas con perlas. Era una *toilette* encantadora.

La Sra. de Brochero vestia un traje blanco de tres vuelos de granadina con salpicados blancos un magnífico alfiler de brillantes y una diadema de lo mismo con ricas preseas.

La Sra. de Villergas, realizaba su bizarra perso-

na con vestido de gró blanco con tres tufos alternados con igual número de volantes de encaje de Inglaterra; todo estaba sembrado de rosas, unas imitando las naturales y otras formadas de perlas y oro con un efecto verdaderamente sorprendente. Cruz de brillantes en el pecho; y en la cabeza una corona de rosas y perlas de una forma deliciosa.

Cuando leais estas líneas, lindas gaditanas, ya habrá pasado la época de la alegre feria de Puerto-Real.—Que os hayais divertido mucho y que el año inmediato me encuentre por esa época entre vosotras, son los deseos de vuestro amigo que os ama con ternura y que os saluda hasta el mes próximo.

JULIO ROSAS.

CRONICAS DE LA CORTE.

Dos palabritas de buena crianza.—Semana Santa.—Entrada de las tropas de Africa.—Sociedad hannemariana.—Obras son amores.—Los Países Bajos huyen.—Viaje de la corte á Aranjuez.—Un rasgo y un borron.—Hermann.—Contrastes que pueden arder en un candil.—Triunfos y parodias de este prestidigitador.—Ruina de un teatro.—Obras preparadas.—Romancero de Africa.—Certámen de la Academia española.—Sociedad lingüística.—Chismografía.—Última hora.

Un *introito* encomiástico sobre la excelencia de mis crónicas y en el que descubriera, inhábil, el cuerpo del delito, es decir la manera, modo ó sistema que voy á emplear para seguir el hilo de los sucesos que se amontonan en la celebrada villa del madroño, no me parece prudente ni tan siquiera oportuno, porque como el hombre propone y Dios está sobre todo, suceder pudiera que donde se siembran flores brotaran cardos ó chirivías, así como de una historia lúgubre y tenebrosa sale un mar de lágrimas.... de risa ó de una anécdota picaresca y trivial se saca en limpio una leccion provechosa ó un epítome de filosofía, capaz de dejar seco al lector mas chungon y dicharachero.

Ahora entro en materia con la circunspeccion que requieren los asuntos de que voy á tratar como feliz comienzo de mis crónicas, pues que la primer semana del mes en que nos envia sus primeras auras la perfumada primavera en el año que se desliza, se ha consagrado á los divinos oficios y ceremonias con que la Iglesia católica conmemora la muerte del Redentor del mundo.

La semana Santa, paréntesis abierto á la vida agitada y provocativa del resto del año, celébrase en Madrid con modesta pompa. Aquí no hay grandes procesiones, ni monumentos suntuosos, ni usos rancieros en cuanto á la forma y ostentacion de las funciones religiosas; pero en cambio hay un inmenso y piadoso pueblo que se congrega é invade los templos para orar prosternado ante el sagrado tabernáculo.

El rigor del tiempo impidió que la Reina visitara los Santos Sagrarios el jueves santo. El vier-

nes se suspendió tambien la procesion de los pasos por la estacion segun unos y por otras razones segun los mas; pero esto no impidió que el primero de los dos citados dias se verificara en el magnífico salon de columnas del regio alcázar el solemne lavatorio de los pobres.

Creo que por vez primera se reunieron este año, los caballeros de la órden de S. Juan de Jerusalem en la iglesia de Santo Tomás para asistir á los divinos oficios, los cuales se celebraron allí con gran lucimiento.

Hosanna, hosanna! difunden los ecos del órgano confundidos con el cántico de la aléluya; y *hosanna* repiten sin entender la frase, la mayor parte de los pollos de por acá en cuyas narices se asientan los quevedos y en cuya cara se ven diseminados rastros de pelusa, en forma de patillas (tul de ilusion) y bigotes hechos con difumino. ¿Y cómo no han de gritar, Señor Dios de las justicias, cuando han visto desplomarse sus bolsillos sobre el vasto campo de una bandeja de plata á la que servia de guardian un agente del bello sexo en estado de servicio amoroso, ó lo que es peor en estado de reemplazo? ¡Piedad, piedad, para sus infortunios! ¡Filantropía, filantropía, joh, y cuán anchas que son tus tragaderas! tú te vistes con las plumas de la caridad y se puede decir que la has echado la zancadilla.

El austero dia de jueves Santo turbóse en cierto modo el reposo público en las calles inmediatas á la de Atocha, con motivo de hacer su entrada en Madrid para dirigirse á Carabanchel el segundo batallon del honroso cuerpo de ingenieros del ejército, procedente de Africa. Herir la fibra de los sentimientos de entusiasmo con que este pueblo, así como el resto de España, ha intervenido en los triunfos y fatigas de los esforzados hijos de esta tierra clásica del valor; es dar rienda á la noble expansion, desatar un torrente, conjurar en fin una benéfica tempestad de suspiros, lágrimas, vótores y gritos de júbilo, y esto fué lo que sucedió aquel dia. A pesar de ignorarse completamente la aparicion en nuestras calles de los primeros soldados que volvian, y volvian vencedores, las avenidas de la estacion del ferro-carril se vieron pobladas de gente, como por ensalmo, y la recepcion sinó fué digna de los lauros que cubrian aquellos atezados rostros, no dejó por eso de ser espontánea. Acontada esta tropa en Carabanchel volvió á Madrid el sábado de aquella semana y nuevas y repetidas demostraciones de entusiasmo y admiracion, volvieron á asomar la sonrisa á los labios de los bizarros ingenieros. El capitan general, marqués del Duero, los recibió esta vez en la puerta de Toledo, y despues atravesaron triunfantes las calles de Madrid, dirigiéndose á su cuartel, y á pocos momentos en que se dió libertad á la tropa para que vagara por las calles á su sabor, era de ver cuantos corrillos se formaron en los puntos mas céntricos para oír relatar hazañas imperecederas, contadas por alguno de los recién llegados, testigos de la campaña.

El domingo de Pascua por la noche, hora en que

un inmenso concurso desconfiaba ya de ver entrar al batallón de Artillería, cuya venida se había anunciado, llegó éste y el entusiasmo que su vista produjo es difícil de pintar. La multitud apiñada en el Prado, Carrera de San Gerónimo y demás del centro de Madrid exhalaba acentos unánimes de alegría. En la carrera sobre todo, el regocijo fué inspirado. Todos los balcones se vieron iluminados, colgados y cubiertos de banderas instantáneamente. Los pañuelos agitados por las señoras ondeaban al aire; innumerables coronas caían sobre las cabezas de los artilleros y cien y cien voces se confundían para ensalzar con sus acentos las glorias de España, en tanto que los sonidos de la música repetían los ecos de la victoria y muchas lágrimas brotaban de los ojos, distinguiéndose á la roja luz de las hachas de viento que señalaban el paso á nuestros bravos.

Mis labios no se habían movido jamás en honor de ninguna grandeza de la tierra, por más que halle alguna digna de mi respeto y cariño; pero en aquel venturoso instante, no puedo darme cuenta aun, de lo que sentí y mis gritos se confundieron con aquel torbellino de voces, las cuales parecían no obstante escasas de fuerza y vigor, á pesar de las nutridas salvas del universal contento.

Al desembocar en la Puerta del Sol los batidores de aquel regimiento tuve la fortuna de ser mudo observador de una escena pasajera, que nunca se borrará de mi memoria. Una mujer anciana y de aspecto humilde asiéndose á los brazos de un vigoroso soldado le interrogó de esta manera:

—¿Viene Borbon detrás?

—No señora, contestó el artillero... está en Valencia... y la infeliz empezó á llorar amargamente mientras se deslizaba entre aquel confuso tropel exclamando:

—¡Hijo de mi alma, cuando te volveré á ver!

Yo entanto, veía en aquella noble y modesta figura una heroína consagrada por el dolor y acaso por las hazañas de la flor de su corazón, por cuyo aroma suspiraba. Pensé en mi madre; suspiré también y volví á gritar ¡viva el ejército español!

Pasando ahora por ojo, amantísimo auditorio femenino de *LA MODA*, las incoherentes nuevas, de la inauguración de la *Sociedad Hannemaniana Madrilitense*, en la cual vieron congregados los que van convenciendo á la humanidad, de los prodigios que obran los renombrados glóbulos; la del estado de aquellas famosas obras de la Puerta del Sol, de quien hoy puede decirse, al ver asomar los cimientos de algunas casas, que *obras son amores y no buenas razones*; de la no menos importante noticia, en que se dá cuenta de como se deshizo el teatro portátil de los *Países Bajos*, que se las *tenia tiesas* con el público en la plazuela de las Descalzas, vencido por aquello que dijo Rioja de que

...las torres que desprecio al aire fueron,
á su gran pesadumbre se rindieron,

paso á ocuparme, aunque ligeramente, de la salida de SS. MM. para Aranjuez el día 21 á las cuatro de la tarde.

Tronó el cañón y la real comitiva se dirigió al santuario de Atocha, donde se cantó una gran salva por la capilla y media hora despues, la reina acompañada en su carretela de su augusta familia, excepto la infanta Doña Isabel, que debió marchar antes, llegó precedida de cuatro batidores, oficiales de estado mayor y ayudantes del capitán general del primer ejército y distrito, á la estación del ferrocarril, donde la aguardaba el consejo de ministros y las autoridades, excepto el general Don Manuel de la Concha que marchaba al estribo derecho del carruaje, yendo éste seguido de varios generales, directores de las armas. S. M. vestía trage claro de seda, sombrero blanco y el régio consorte de frac negro. Un momento despues, el silbido de la locomotora anunció que partían los excelsos viajeros y el polvo del camino de la fuente de la Alcahofa, que la concurrencia se retiraba á terminar la tarde en el Prado y Retiro.

¿Hablaré de la visita que días antes habían hecho los reyes al suntuoso templo de S. Francisco, cuyas obras (de romanos) van á verse por fin terminadas? No, bellas lectoras; los diarios políticos os habrán ya dicho algo sobre el asunto. ¿Encomiaré las magníficas hojas y vistosos remates de las gummies fabricadas en Toledo por encargo del general en jefe del ejército de Africa para obsequiar á los del marroquí? Pareceríame abusar de vuestra indulgencia.

¿Y qué he de decir de aquel insigne rasgo, de aquella abnegación sublime en los tiempos que tratamos, de un ingeniero famoso entre los famosos, que se dió un tropezón en la calle del Desengaño, con un plus de 9.200 duros y á pocos instantes se los había devuelto á su dueño? El silencio será la expresión pasiva de mis elogios. Mediten los lectores sobre el caso y me concederán que tiene, por lo menos, tres bemoles. Una palabra más sobre este acontecimiento. El perdulario que ofreció al afortunado cierta respetable suma por su servicio, se llevó, á instancias de éste, la cantidad sin merma alguna bajo protesta de que trasladaría la dádiva á los establecimientos de beneficencia; en Madrid no hay noticia de si lo ha hecho. Fabio registra un *rasgo* noble y al mismo tiempo un mal *borron*.

Bellas lectoras de *La Moda*, ¿habéis visto lucir la destreza de sus manos al prestidigitador Hermann? Pues si no ha sido así, preparad vuestros dedos y vuestras palmadas, y vuestros padres y esposos sus bolsillos para que se transforme en algún regalo de pedrería &c., &c., si por acaso visita las ciudades donde residais.

In illo tempore había Mecenas para el hombre laborioso y honrado que cultivaba las ciencias, las letras ó las artes, abriéndose camino por la senda de la inmortalidad; había lauros para el poeta, sin que se vieran jamás marchitados por la maledicencia y la envidia; hoy lo hemos arreglado de otro modo, y esto explica un fenómeno que en este siglo se ha echado de ver, á saber: que la residencia del corazón humano no se halla en el pecho como en los tiempos del oscurantismo á que me refiero, sino en los talones.

Mr. Hermann, sugeto de bellas prendas, de carácter y de gran mérito en su profesión, ha abandonado la corte de las Españas, llevando un saco de honras artísticas y un hatillo de perlas y diamantes. Decidme con franqueza, y díganmelo á la vez todas las personas de juicio y entusiastas de nuestra prosperidad, sin que por este interrogante yo trate de ofender en lo mas mínimo la susceptibilidad del escamoteador afortunado, ¿en qué regla de buen sentido se fundan esos halagos de que por parte de las personas pudientes de Madrid ha sido objeto Mr. Hermann, precisamente el año en que se ha mirado con desden supremo un drama del eminente Hartzenbusch, y Romea ha tenido que cerrar su teatro porque no habia público que se tomara el mas pequeño interés por ir á verle representar *El Sullivan* y otras de sus mejores creaciones?

Peor es meneallo.

Cubero y Arderius, actores de la zarzuela, han parodiado en una titulada: *Entre Pinto y Valdemoro* á Mr. Hermann. Ninguna de las noches en que se ha ejecutado este inocente y anti-artístico pasatiempo, se han hallado en el despacho de billetes de aquel teatro butacas, porque estaban tomadas todas de antemano.

En cambio acabo de oír que el teatro del Príncipe se cierra dentro de unos días, sepultando en sus ruinas á Matilde Díez, y el cuadro de apreciables actores que formaban aquella compañía.

Era el único teatro de verso que hoy se sostenia en Madrid.

¿Qué significa esto?

Suprimo los comentarios que se agolpan á mi pluma.

La afición á las comedias caseras, recreo agradable y productivo, ha resucitado en la corte con las mayores muestras de animacion.

El teatro del distinguido escultor de S. M. Don José Piquer, se inauguró recientemente con un concierto dedicado por el artista á la jóven é inspirada poetisa Baronesa Serrano de Wilson, que se halla en Madrid con objeto de entregar á Sus Majestades un ejemplar de su poema histórico *Alfonso el Grande*, dedicado á la Reina.

Aquella brillante fiesta en la que tomaron parte, la señoritas de Lanuza y Ardoiz, distinguidas y celebradas en nuestros círculos filarmónicos, y las cuales cantaron con la inteligencia y buen gusto de dos artistas consumadas; la señorita de Peyronet, tambien en el canto; la Sra. Meras de Moreno en el arpa y la excelente pianista señorita Imbert, así como los Sres. Flavio, Manzoki, Oliveres, Longoni, Marqués de Villa Alcázar, Zabalza y otros, no podrá borrarse tan pronto de la memoria de las personas que allí fueron congregadas por la bondad del Sr. Piquer y su amable señora.

La Sra. de Wilson leyó al final una entonada oda, en elogio del teatro de Piquer, esmaltada de bellos pensamientos y de vigorosos versos, y en verdad que bien merece ser cantado aquel pequeño templo de las artes, único en España de su género y

acaso en el extranjero, por sus preciosas pinturas al fresco, y sus ricas esculturas.

Hay además en la corte otros improvisados teatros en donde se rinde culto á Talia.

El director de la Real fábrica de Tapices de S. M. Sr. Stuyek tambien ha introducido en su tertulia este útil recreo, y no hace muchas noches vi representar en su teatrillo la comedia *El hombre de mundo* con bastante esmero.

La tertulia del Sr. Marqués de Molins ha adelantado mucho en la formación del *Romancero de la guerra de Africa*, que allí se prepara. Últimamente se leyeron nuevos romances, entre los que sobresalió uno del Sr. Rosell, y que tiene por asunto la llegada de los catalanes al suelo Africano.

La Academia Española ha nombrado una comision de su seno para clasificar las poesías que se vayan presentando para el certámen que la misma ha de celebrar á últimos de Mayo.

Esta crónica se haria interminable si me detuviera á hablar de la segunda reunion celebrada por la sociedad lingüística á la que pertenecen muchos literatos y políticos notables, sin embargo diré que en la junta citada, se aprobaron los estatutos de la misma nombrándose la junta directiva.

¿Y la chismografía, los lances amorosos y las aventuras á telon corrido que son las que nos divierten? dirán mis impacientes lectoras.

Eseuchen pues las descontentas. Un suceso de padre y muy señor mio ha corrido en Madrid, no ha mucho, de boca en boca; los protagonistas eran dos esposos jóvenes, elevados y simpáticos. Dícese que ella le arañó á él, la causa la ignoro, ello es que le arañó. (La solucion en el próximo número.)

Última hora: el verano se anuncia con truenos. La empresa del teatro del Príncipe ha hecho decididamente *fiasco*. No queda en la corte mas teatro abierto que el de la Zarzuela. El verso ha huido hasta de los teatros; las musas nos vuelven las espaldas, por eso ha escrito en mala prosa esta revista

FABIO.

REVISTA DE LAS FUNCIONES DEL BALON.

La noche del Viernes Santo.—La campana de San Plácido.

Ved aquí dos títulos pomposos y llamativos, detrás de los cuales difícilmente el mas lince descubrirá un argumento adecuado á ellos. Vamos á ocuparnos por su orden de uno y otro.

Cualquiera creará á primera vista que *La noche del Viernes Santo* tiene por objeto una procesion del Santo Entierro ó un sermón de Soledad. Nada menos que eso. Lo que se supone sucedido aquella noche pudo muy bien suceder en cualquiera otra, puesto que todo ello se reduce á que dos caballeros de la corte del duque de Saboya, extraviados al volver de la caza por una tempestad, buscan y hallan abrigo en la choza de un campesino con sus

puntas de filósofo y de estadista, la cual está situada entre unas incultas breñas no lejos de Chamberí. Juan Tardy, que así se llama el tal, había hecho encender á su hijo Pedro una hoguera en lo alto del monte, y á este reclamo transidos y mojaditos llegan los dos ya dichos caballeros, los que son ni mas ni menos que el mismísimo duque Manuel Filiberto y su favorito el conde de Montrevel, bribon de siete suelas, y el traidor obligado del drama, segun mas adelante se verá.

Juan Tardy, que no los conoce, comienza mientras cenar á criticar agriamente la mala administracion del estado y la depravacion de costumbres de la corte. En esto escampa, los viajeros sin darse á conocer se despiden, y al hacerlo le dice el duque que no olvidarán aquella noche ni uno ni otro, justificando la creencia vulgar de que en la del Viernes Santo siempre sucedia algo malo en aquel pais.

Este es el solo alfiler con que se ha prendido el título al drama. No se ha tenido en cuenta, sin embargo, todo lo absurdo que es el que un príncipe y su corte se vayan á cazar el Viernes Santo.

Pero aun hay mas, mucho mas. No obstante la rigidez de principios y el estoicismo de Juan Tardy, su hijo Pedro es amante correspondido de la condesa de Montrevel, y su hija Magdalena se ha dejado seducir y deshonorar por el conde, llegando la cosa muy á mayores; es decir, que á Juan pudiera aplicarse, como á muchos otros políticos de aficion, el prudente consejo de que antes de meterse á reformar el estado harian muy bien en meterse á reformar su propia casa.

Pocos momentos despues de la partida de los huéspedes se despeja la incógnita envuelta en las palabras del duque. Una órden suya hace á Juan Tardy gran bailío de Saboya con el fin de que sea quien corrija los males que lamenta, dándole al efecto amplias facultades.

Ha hecho mal el autor francés si se ha dado como inventor de este resorte dramático. Sabido es que una tradicion española de la que han surgido varios dramas nuestros, supone que eso mismo fué lo que hizo el rey D. Pedro con el montañés Juan Pascual, nombrado por él asistente de Sevilla, el cual hizo decapitar en efígie al mismo rey por un homicidio. Ya veremos cuan presentes se han tenido aquella tradicion y aquellos dramas en la confeccion del que nos ocupa.

El conde de Montrevel conspira contra el duque porque sospecha, y con razon, que éste solicita á su esposa; pero esta esposa resiste al duque, y no por fidelidad á su marido, sino porque tiene otro amante mas plebeyo. Este es, segun llevamos dicho, Pedro, el hijo de Juan Tardy, quien acude á una cita que por escrito le ha dado la ilustre y poco escrupulosa dama. El tal matrimonio es edificante como él solo.

Cojido en la ratonera por el marido, Pedro para desvanecer sospechas finje ser un asesino á quien se ha mandado llamar para que quitase de en medio al duque, y en su consecuencia y como garantía el conde le hace firmar un papel en que á ello

se compromete. El duque, atraído por un falso aviso, acude al cuarto de la condesa donde el conde le aguarda. Tiran de las espadas, riñen, cae muerto el traidor, el gran bailío llega con soldados y prende al duque, á quien aquel forma causa y hace comparecer ante su tribunal.

La sentencia que dicta es que siendo sagrada la persona del soberano, la pena solo puede recaer en su honor. En su consecuencia, manda que el blason ducal sea roto por mano del verdugo.

Así las cosas surge otra complicacion mas peliaguda para el gran bailío. Sobre el cadáver del conde se ha hallado el papel firmado por Pedro. El apuro es grave. El mozo no puede disculparse porque fuera comprometer á su amada, y Juan Tardy, nuevo Bruto, condena á muerte á su hijo. A dicha el duque, cansado de sufrir las filosóficas impertinencias y las orgullosas pretensiones gubernamentales del campesino, da al diablo aquella tutela y perdona á Pedro, volviéndose Juan Tardy rabo entre piernás á su choza, con ánimo resuelto de no meterse á criticar en su vida del gobierno, puesto que tan caro le pudo costar.

De la condesa y de Pedro nada supimos despues. ¿Se casarian? Todo es posible. El teatro es frecuentemente el reino del absurdo.

¿Y qué fué de la seducida Margarita? Lo ignoramos tambien. Buen argumento para los enfáticos é indigestos sermones de su papá el bailío cesante. A serlo aun, es probable que le hubiese formado causa á su futuro nieto por atreverse á nacer sin las licencias necesarias de la parroquia.

Ya se ha visto la parte que hay aquí imitada de nuestros dramas; pero en ellos D. Pedro es un rey digno, y Filiberto en este es un títere débil que gruñe y no se atreve á morder hasta que una circunstancia especial se lo permite.

¿Quién reconoce aquí á Manuel Filiberto, al gran general que venció en S. Quintín?

¡Estraña coincidencia! El duque de Saboya peleaba entonces contra la Francia y la venció. ¿Qué diria ahora si tuviese que votar en el asunto de la anexion de su antiguo ducado?

El reloj de S. Plácido, segundo de los dramas contenidos en esta revista, pertenece á otro género, al género de las pasiones volcánicas, de las pasiones á prueba de bomba, en las que no hacen mella ni la razon ni el desengaño. Como original española tiene todos los inconvenientes que otras veces hemos señalado á las del mismo origen: el flujo immoderado de lirismo, la accion dramática sometida á la versificacion, los caracteres llevados á un punto estremo. Veámoslo.

D. Juan, caballero de la corte de Felipe IV de España, tiene una hija llamada Doña Ana, la cual por tratado casamiento debe dar su mano á D. Diego, caballero ilustre; pero es el caso que la tal dama admite en secreto los galanteos de otro que con nocturnas músicas la festeja y con quien hace palenque de amorosos conceptos en su ventana. ¿Quién es él? Ella lo ignora; pero no importa: ha concebido por el incógnito galan una frenética pasion, y tanto que, segun dice sin empacho, no responde

de defender su honor si el atrevido mancebo halla manera de penetrar dos dedos mas adentro de la reja que los separa. Eso se llama hablar con franqueza y pensar con desenvoltura.

El padre y el novio, que se han olido algo del guisado, la rondan y la celan, y eso que no han llegado á sospechar toda la fragilidad de la doncella: á consecuencia de sus investigaciones topa el D. Juan con el embozado, fuérzale á que se descubra, y se halla de manos á boca con el mismísimo rey, el cual sin ambages de ninguna especie ordena al padre que á la una de aquella noche esté en su casa para abrirle la puerta, porque es su real voluntad hacer á aquella hora una secreta visita de amor á su hija.

Ya se habrá notado que no es la hipocresía el vicio de que adolecen los ilustres personajes del drama en cuestion.

Aquí entra ella. D. Juan no puede, segun dice, desobedecer al rey, como si la lealtad pudiera nunca forzar á nadie á que se deshonorase; y partiendo de este mal supuesto no es extraño que sean peores aun las consecuencias. Ella no se desilusiona al saber que aquel es el rey y que es casado además, y despues de un maduro exámen del negocio acuerdan padre ó hija que al abrir el primero la puerta á la hora señalada matará á la segunda, con lo cual queda todo perfectamente arreglado. Da la una, llega el rey, abre el padre la puerta, la hija cae herida de una puñalada, y viene abajo el telon para evitar comentarios acerca de aquella barbaridad de papá.

Pero Doña Ana no ha muerto, porque los actores principales de un drama nunca mueren á la mitad de él. Al notarlo, la llevan para curarla al convento de S. Plácido, adonde al cabo de dias se presenta el rey, que ignorante de la resurreccion la cree allí sepultada. Las monjas se aprovechan de la oportunidad para pedir al monarca que les costee un reloj, y el memorial es entregado por la misma su-puesta difunta. Sorpresa y admiracion por parte de aquel, y mayor todavía cuando esta le asegura que está muerta; lo cual confirma apareciendo á poco en un ataúd y con cuatro blandones. Como consecuencia natural de todo esto D. Felipe IV costea el reloj, encargando que al dar cada hora toque á muerto.

Para tranquilidad de aquellos de nuestros lectores que tengan interés en saberlo, les diremos que la monja no estaba difunta, sino solamente narcotizada, ó como hoy diriamos, cloroformizada. Y va de dos veces: Doña Ana, por lo visto, tenia duro el pellejo.

De esta reseña se colije lo que nosotros podemos pensar de la obra. Ni Doña Ana interesa por lo descabellado y poco digno de su amor, ni el padre por lo absurdo y no justificado de su asesinato, ni muchísimo menos el rey por sus arranques turcos y por su repugnante cinismo.

La versificación es harto mejor que el argumento; pero frecuentemente es poco oportuna por sobrado galana.

Hay allí un personaje, que es un tal Melchor,

cirujano y primo de Doña Ana. Es la personificación de la parte jocosa, y por eso se emborracha para que el público se ria. En la accion sirve de poco ó nada.

Segun se vé, el Balon no está ocioso, y procura presentar cuantas novedades salen á luz. Acaso la misma abundancia de estas sea causa de que no todos los actores sepan sus papeles.

Conviene exceptuar nominalmente de esta observacion á la señorita Rodes, siempre segura en el suyo, y fuera de raros casos al Sr. Rodes su hermano, celoso siempre en el desempeño de las obras, y frecuentemente atinado en su ejecucion.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Siempre lluvia y siempre frio; ved aquí como nos trata la primavera. Juzgad cuanto debe desesperarse la moda con tan desastrosa temperatura. Pensad con esto en bellos equipos. Sin embargo, la verdadera primavera llegará, porque esta no es ciertamente sino una falsa hermana suya, y nada se habrá preparado para recibirla cual conviene. Apresuraos, señoras, arrostrad las intemperies del momento, y ocuparos un poco de los equipos lijeros que pronto van á tener su vez.

Las nuevas formas de sombreros creadas por madame Alexandrine, son vaporosas y encantadoras, como todas las innovaciones que ella inventa.

Particularmente señalo los sombreros de crespon, á veces mezclados con tafetan, y para las jóvenes solteras deliciosas capotas adornadas con una sencillez llena de gracia.

Las pajas de Italia siguen en favor. Esto se concibe: semejantes sombreros tienen un sello aristocrático que los salvará siempre del abandono.

Las pajas de capricho se llevarán aun, así como las lisas, grises ó marron; pero estas se reservan exclusivamente al *negligé* de mañana ó de viage. Se les adorna por lo general con plegados de cinta de color que resalte fuertemente: algunas veces se prefiere el matiz adecuado al sombrero.

Como novedad se ven muchos fondos llamados *Abuela*, esto es, colores apagados.

Esta moda no es sin embargo ni graciosa ni linda. En realidad lleva un cierto sello de vejez que nada tiene de seductor.

He visto un gran número de sombreros de crin negra ó gris. Algunos de estos últimos estaban bordados de lentejuelas de acero ¡se aprecia hoy tanto todo lo que brilla! Sobre los sombreros se ponen torcetes de oro, bellotas, estrellas, medias lunas, flores con cálices de oro. Ciertamente nunca pensó Dios en colocar semejante metal en aquellos receptáculos que por lo comun no encierran sino deliciosos perfumes.

A todas las mujeres no les gusta el oropel: así ignoro si esta moda alcanzará un éxito completo.

Las diademas de flores, los bandos de terciopelo lisos ó plegados, las colmenillas de crespon ó de

cinta se colocan aun en el interior de las alas.

En los sombreros de paja, en lugar de hebillas de oro, se ponen muchas veces hebillas tambien de paja.

El encaje negro, la blonda, las flores, las plumas, son el adorno obligado de todos los sombreros elegantes.

El bavolet se hace bastante alto y plegado.

Los cabos permanecen muy anchos.

Como guarnicion de vestido he observado que los volantes pequeños estaban en mayoría.

Se ven corpiños montantes, aun en telas ligeras.

Sobre los corpiños escotados se colocarán todavía fichús de capricho. Podrán ser de tela semejante al traje, si esta es barege, muselina estampada ó seda granadina.

Habia en casa de madame Alexandre Ghys un traje de barege gris perla, cuya falda tenia pequeños buches hasta la cadera.

Sobre el corpiño escotado se veia una pelerina puntiaguda por delante y por detrás, rodeada del ya citado adorno.

Las mangas se componian de cinco buches.

Las mangas continúan haciéndose de una complicitud desmesurada. Se las pliega por arriba y se les añaden *jockeys*.

Los adornos del corpiño están siempre en armonía con los de la falda.

Se habla mucho de volantes festonados de color para los trages de percal-tafetan ó de muselina de capricho. Esto seria delicioso. He visto uno azul, festoneado de blanco con crestas de gallo. Era un feston ancho y mate que producía el mejor efecto. Los volantes no subian mas que hasta la rodilla.

La mayor parte de las corbatas que se colocan bajo los cuellos de los fichús se aseguran por un camafeo. M. Isler, de Roma, es el que ha hecho nacer esta moda con sus lindos retratos en camafeos. Esto es muy elegante y muy distinguido.

Es preciso que vuelva á los vestidos para designarnos unas pequeñas capas de media estacion, las unas hechas de tela de lana gris lisa, las otras con listas ó cuadros. Estos modelos no pueden convenir mas que para el campo ó para negligé de mañana. Las confecciones en seda tienen siempre un sello mas aristocrático; entre estas no puedo menos de citar de nuevo los abrigos de tafetan negro, forrados de color y orlados por un sencillo plegado del mismo matiz que el forro, de una sola cabeza.

Se ven algunos chales de cachemir liso, negro, azul, grosella ó marron, bordados y guarnecidos de encaje negro.

Las niñas usan un sombrero de paja llamado *bolero*, adornado con plumas de gallo, si aquel es de color; de plumas blancas ó de flores si es paja de Italia.

Las joyas se siguen llevando con profusion. Al efecto os recomiendo la casa Ménard, en la que se fabrica lo mejor que puede desearse en relojería y joyería. Todo á precios excepcionales.

Por mas que busco, nada mas hallo en mi libro de memorias. Dejo pues mi pluma por hoy.

MME. JULIETTE LORMEAU.

No habiéndose recibido oportunamente de París el figurin de trajes para Señora que debiamos repartir con el presente cuaderno, lo haremos tan pronto llegue á nuestro poder.

SUMARIO.—UN NIDO DE PALOMAS, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—LA VIRGEN DE SANCHO ABARCA, por Doña Felicitas Asin de Carrillo.—UN VIAJE REDONDO, por D. Baldomero Menendez.—LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—CONSEJOS Á UN ZASCANDIL, quintillas por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—A LA SALIDA DE LAS NAVES DE COLON DEL PUERTO DE PALOS, por D. Juan M. de Arrambide.—JUAN VELASCO, romance por D. Victoriano Martinez Muller.—REVISTA DE LA HABANA, por Julio Rosas.—CRÓNICAS DE LA CORTE, por Fabio.—REVISTA DE LAS FUNCIONES DEL BALON, por D. Francisco Flores Arenas.—MODAS DE PARIS, por Mme. Juliette Lormeau.—GEROGLÍFICO.

LAMINAS.—Figurin de niños.—Dibujo de tapicería en colores.—Hoja doble de dibujos para bordados.—Id. de patrones y adornos de Señora.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El sitio de Sebastopol causó la muerte á miles de valientes.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

